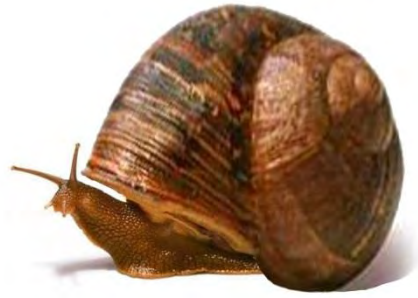


... y la casa crecía



de Jesús Campos García

*A mis compañeros de la
Asociación de Autores de Teatro,
y muy especialmente, a aquellos
con los que compartí aventuras y desventuras
en las distintas juntas directivas.*

DRAMATIS PERSONAE

(Por orden de intervención)

D^a AURELIA: *Gran señora de aspecto aristocrático y trato afable.*

ISABEL: *Joven funcionaria.*

ALBERTO: *Joven funcionario algo más maduro.*

D. RUPERTO: *Administrador de aspecto torvo.*

D. DANIEL: *Hombre mayor de aspecto aristocrático, aunque algo desvaído.*

D. GUILLERMO: *Joven anglosajón muy resolutivo.*

YUYA: *Joven caribeña, desenvuelta y espontánea.*

MOZO 1º y DIMAS

MOZO 2º y GESTAS

JESÚS

ESPACIO ESCÉNICO

Sala de una casa señorial con zócalos altos, techos moldurados y muy bien atrezada, en la que el mobiliario –mesas, vitrinas, sillas y sofás– y los complementos –cuadros, tapices, alfombras, reloj, candelabros y plantas– constituyen un todo armónico de carácter suntuario e incluso museístico.

A la vista no hay puertas ni ventanas, y al vestíbulo y al resto de la casa se accede mediante amplias galerías que se inician a ambos lados de la sala.



ESCENA I

ISABEL y ALBERTO están curioseando cuando, del interior de la casa, llega D^a AURELIA.

D^a AURELIA

Y bien, ¿qué les parece?

ISABEL

(Maravillada.) Impresionante. *(Asomándose a un supuesto balcón.)* Y el jardín. El jardín es precioso.

ALBERTO

El parque, diría yo. *(Sobreexcitado.)* La verdad es que la casa es espléndida.

ISABEL

Y que tiene usted unas cosas muy bonitas.

ALBERTO

Aunque algo excesiva.

D^a AURELIA

¿Y eso?

ALBERTO

Que no es que no me guste. ¿Cómo no me va a gustar? La casa es magnífica.

D^a AURELIA

¿Entonces?

ALBERTO

Pero, eso, excesiva. *(A ISABEL.)* Para nosotros.

ISABEL

Pues no sé por qué.

D^a AURELIA

(Con cierta ironía.) ¿No lo dirá por el precio?

ALBERTO

No, claro, el precio está bien.

ISABEL

Por favor, Alberto, ¿cómo bien? Querrás decir muy bien. (A D^a AURELIA.) No le haga caso.

ALBERTO

Es lo que estoy diciendo.

ISABEL

Alberto, es un regalo.

D^a AURELIA

Lo es.

ALBERTO

Pues justamente eso es lo que no entiendo. (A ISABEL.) Mira, ¿qué quieres?, es que no me lo acabo de creer.

D^a AURELIA

¿Que no se cree...? ¿Qué es lo que no se cree?

ALBERTO

Pues eso, el precio, todo.

D^a AURELIA

Me ofende.

ISABEL

Alberto, por favor.

ALBERTO

No, por Dios, no es que dude de usted; pero es que me parece una locura. Hágase cargo.

D^a AURELIA

(A ISABEL.) En cierto modo no le falta razón. (A ALBERTO.) Y entiendo que le parezca una locura.

ALBERTO

¡Ay! No sé. Creo que en el fondo, lo que pasa, es que me gusta demasiado.

D^a AURELIA

También a mí. Y ese es el motivo por el que la alquilo tan

barata.

ALBERTO

Ahora sí que ya no entiendo nada. *(Y busca con la mirada una posible cámara oculta.)*

D^a AURELIA

Quiero marcharme al norte.

ISABEL

Nosotros, si pudiéramos, nos iríamos al sur.

D^a AURELIA

Lo echo mucho de menos, porque, ¿sabe?, en el norte el reuma se vive con más intensidad.

ISABEL

Pues ya ve, nosotros, en cambio, lo que echamos en falta son las insolaciones.

D^a AURELIA

Unos pierden el norte y otros pierden el sur. Y así andamos, desorientados. *(Ensimismada.)* Yo es que nací en el norte. El regreso a la infancia, digo yo que será. *(A ALBERTO, reaccionando tras el ensimismamiento.)* Y por eso la alquilo en ese precio.

ALBERTO

Pues no le veo la relación.

D^a AURELIA

Es que si pidiera lo que vale, tardaría en alquilarla... ni se sabe.

ISABEL

Eso es verdad, que está todo tan raro...

ALBERTO

La pobreza, es lo que está raro; la riqueza, que yo sepa, sigue como siempre.

D^a AURELIA

No se vaya a creer: hay mucho capital desesperado que no sabe qué hacer.

ALBERTO

(Enfatizando.) Ni aunque pidiera **setenta** veces más de lo que pide, iba a tener problema en alquilarla.

ISABEL

Si te parece, pues que nos suba el precio. *(A D^a AURELIA.)*
¿Ha visto cómo es?

D^a AURELIA

Quien tiene dinero prefiere comprar.

ISABEL

Nosotros es lo que queríamos.

ALBERTO

Sí, sí. De hecho, ya teníamos el dinero de la entrada, pero...

ISABEL

Mejor dejémoslo.

ALBERTO

(Por bajo.) Sí, mejor lo dejamos. *(A D^a AURELIA.)* Verá, la casa nos gusta, nos gusta mucho. No sé, me gusta tanto que llega a perturbarme.

D^a AURELIA

¿Y eso?

ALBERTO

Es... Es que es excesiva. Para nosotros, digo.

ISABEL

Lo que es, es una pasada.

ALBERTO

Y podríamos pagarla. En ese precio... Lo malo es si te acostumbras.

ISABEL

Pues mira tú el problema.

ALBERTO

¿Tú te ves viviendo en una casa así?

ISABEL

Y tanto.

ALBERTO

¿Y luego qué, eh? Si tienes que mudarte, ¿adónde te mudas luego? Las cosas hay que pensarlas.

ISABEL

(Medio en broma.) Tú, mejor que no pienses, que cuando piensas ya sabes lo que pasa.

ALBERTO

(A ISABEL, por bajo.) Mírala qué graciosa. *(A D^a AURELIA.)* Está fuera de nuestras posibilidades.

ISABEL

Alberto, por favor, si está tirada.

ALBERTO

Y dale. Pero que no es el precio. *(Señalando.)* Es... Es... que no podemos vivir a este nivel. Que no nos lo podemos permitir.

ISABEL

¿Que no podemos? ¿Cómo que no podemos?

D^a AURELIA

Si quieren, les dejo y lo hablan entre ustedes.

ISABEL

No hay nada de qué hablar. Nos la quedamos.

ALBERTO

Pues nada, ya lo ha oído. En diciéndolo ella...

D^a AURELIA

En fin, mejor les dejo. *(E inicia el mutis, si bien se detiene antes de salir.)* Aunque tal vez deberían conocer las condiciones antes de decidir.

ALBERTO

No, claro, ¿ves? Si algo tenía que haber.

D^a AURELIA

Tranquilos, no se alarmen, son requisitos lógicos. La casa, como saben, se alquila amueblada, pero si lo desean pueden traer sus cosas.

ISABEL

Desentonarían.

D^a AURELIA

Y si algo de lo que hay por aquí no fuera de su agrado, pueden bajarlo al sótano.

ALBERTO

(Cediendo en su actitud.) No será necesario. Es todo tan...

ISABEL

Y hay en todo, además, tanta coherencia.

D^a AURELIA

Pues de eso se trata, justo de preservar esa coherencia. Y no es que tengan que convertirse en conservadores de nada, aunque un poco sí. Espero que lo entiendan.

ALBERTO

Sí, claro.

D^a AURELIA

La casa quedaría a su cuidado: esa sería su responsabilidad. *(Y queda pensativa.)* Hemos sido muy felices aquí. *(Tras un nuevo silencio.)* Mi marido murió hace unas semanas.

ISABEL

No sabíamos.

ALBERTO

(Casi imperceptible.) Vaya, lo siento.

D^a AURELIA

Muy felices. *(Recorriendo la casa con la mirada.)* Y ahora se me hace demasiado grande.

ALBERTO

Es que es muy grande.

D^a AURELIA

Podría llamar a un anticuario, o cerrarla, o malvenderla; pero todo me parece terrible. Sí, podría deshacerla, pero no, prefiero conservarla como un acto de amor. Y por eso la cedo en alquiler. Que siga viva. Que alguien viva en ella. De todas las opciones, es la única que puedo soportar.

ALBERTO

Entiendo, entiendo.

D^a AURELIA

Dejar lo que atesoras es una amputación más dolorosa aún que perder la vida.

ISABEL

¿No tiene hijos?

D^a AURELIA

(Cambiando el tono.) Sí, uno. Ya lo conocerán. *(Falsamente confidencial.)* Y ya sé que una madre no debería decir una cosa así, pero es economista. En la familia no nos gusta hablar de esto, pero es así, y tenemos que asumirlo.

ISABEL

También Alberto es...

D^a AURELIA

(Más divertida.) ¿Se imaginan?, ¡le gusta el dinero! No sé a quién le habrá salido.

ALBERTO

Le advierto que es una afición muy extendida

D^a AURELIA

Jamás he entendido a la gente que le gusta el dinero. Es tan feo.

ALBERTO

Visto así...

D^a AURELIA

Yo jamás tengo dinero. No me gusta. Prefiero cambiarlo por cosas.

ISABEL

A mí me pasa algo parecido. A otro nivel, claro.

ALBERTO

Eso puede jurarlo.

D^a AURELIA

Pues ya ve, hay quien lo colecciona. Y que conste que yo no tengo nada contra el coleccionismo. Daniel, mi marido, era

coleccionista. *(Señalando el entorno.)* A la vista está. Ahora, jamás se le hubiera ocurrido coleccionar una cosa así.

ALBERTO

A nosotros hubo un tiempo en que nos dio por los sellos, que de algún modo también es coleccionismo. Más modesto...

D^a AURELIA

Pues los sellos son muy bonitos. Y muy sugerentes. Me gustará verlos.

ISABEL

(Torciendo el gesto.) De momento, el asunto está en los tribunales.

D^a AURELIA

Ah, sí, ya me contaron... Muy desagradable, ¿no?

ISABEL

Se mete en todos los charcos. Vamos, que no se pierde una estafa. La última, con las preferentes. Y adiós ahorros. Ahí fue donde perdimos la entrada del piso. Un buen pellizco.

ALBERTO

Bueno, yo... *(Y vuelve a inspeccionar con la mirada.)*

ISABEL

Y eso que es economista, que es lo que quería decirle.

D^a AURELIA

Lo sé, lo sé,

ISABEL

¿Pero a que no se le nota?

D^a AURELIA

Lo sabemos; estamos al corriente. Y al principio se valoró como algo negativo —es negativo—, pero como no ejercía...

ISABEL

Que hizo la carrera, nada. Cosas de juventud.

D^a AURELIA

A mí lo de economista es que me parece de otro planeta.

ISABEL

Yo, en cambio, estudié lenguas muertas –nada que ver–, y luego, pues ya ve, como la vida da tantas vueltas, acabamos los dos en Agricultura, subvencionando el cereal.

D^a AURELIA

¿Ve?, eso está muy bien: hay que ayudar a los campesinos. Bueno, justo por eso ha sido por lo que les hemos seleccionado.

ALBERTO

¿Seleccionado?

D^a AURELIA

¿No creerán que han sido los únicos? Fue poner el anuncio y no se pueden imaginar la cantidad de gente que se interesó por la casa.

ISABEL

Era de suponer, la casa lo merece.

D^a AURELIA

Así que ordené que hicieran algunas averiguaciones –todo discretamente–, y fue leer su informe y enseguida tuve claro que eran ustedes los inquilinos que necesitaba.

ALBERTO

Y, ¿puede saberse por qué?

D^a AURELIA

Por su afición al coleccionismo.

ISABEL

¿Sabía lo de los sellos?

D^a AURELIA

Y por ayudar a los campesinos.

ALBERTO

En realidad es el Ministerio quien concede las ayudas, nosotros solo las tramitamos.

D^a AURELIA

(A ISABEL.) Mi marido también era así. Y no me refiero solo a que fuera un desastre, que lo era –claro que qué marido no

es un desastre—, sino a que le gustaba coleccionar. Acumular, le bromeaba yo. Bueno, a la vista está: cuadros, muebles, tapices, esculturas; él, en acumulando... *(A ambos.)* Por eso lo de los sellos me gustó.

ISABEL

Mira, al final va resultar que nos va a valer para algo el habernos arruinado en sellos.

D^a AURELIA

Eso, y que se pasaran las mañanas ayudando a los campesinos. Lo de los campesinos también me gustó. Eso lo que más. *(Y se sienta.)* Pero siéntense.

(ISABEL y ALBERTO se sientan igualmente.)

ALBERTO

¿Y ese interés por los campesinos? ¿Es que tiene usted tierras?

D^a AURELIA

¿Tierras? No sé, seguramente. Mi madre me hablaba de las fincas; porque se refiere usted a eso, ¿no?

ALBERTO

Sí, claro. *(Y a la menor oportunidad, mira a ISABEL mostrándole su perplejidad.)*

D^a AURELIA

Pues para mí que sí, aunque no recuerdo haberlas visto. Quizás de pequeña, no sé. Ahora, eso, quien tiene que saberlo es el administrador. *(Recuperando el hilo.)* Pero no, no es por los campesinos; sino por mi marido, que también era muy limosnero. La caridad, decía, es el futuro. Un comedor de pobres mantenía a sus expensas. Para entretenerse, solo para entretenerse, que apenas si le dejaba beneficio. *(Y suspira.)* Parece que lo estoy viendo con el mandil y la cacerola: disfrutaba tanto... Yo es que no me lo imagino sin pobres.

ALBERTO

Bueno, no es lo mismo: una subvención es otra cosa.

ISABEL

Se ve que era un hombre piadoso. *(Y le da una patada disimuladamente.)*

D^a AURELIA

En fin, ustedes se lo piensan y, si se deciden, preparamos el contrato. No es que yo lo necesite, no, no es eso, pero que conviene hacerlo: por mi hijo, para que no la venda; que la vendería. Él, todo lo que toca, lo convierte en dinero. Tampoco es que sea un desalmado... Que tiene... otra mentalidad. ¡La juventud, que nos ha salido monetarista! Así que, ya les digo, ustedes se lo piensan...

ISABEL

No hay nada que pensar, se la alquilamos.

D^a AURELIA

(A ALBERTO.) ¿Y?

ALBERTO

(Un pelín ceremonioso.) La verdad es que me siento muy honrado de que nos haya elegido como inquilinos. Cierto que al principio... pues sí, uno tiene sus dudas. Ahora, no quisiera que pensara que es que no valoro... Espero que lo entienda, Pero, vamos, que me siento muy honrado.

D^a AURELIA

Le entiendo perfectamente.

ALBERTO

Sin embargo...

ISABEL

Ya has oído a doña Aurelia: te entiende perfectamente. *(A D^a AURELIA.)* Se la alquilamos.

D^a AURELIA

No sabe lo que me alegra que finalmente hayan llegado a un acuerdo. Llamaré a mi administrador. *(Al tiempo que se levanta.)* Ruperto, venga un momento.

Y, de inmediato, se desplaza una de las vitrinas y, por una galería, entra D. RUPERTO: un ser peculiar de aspecto torvo, con un portafolio en la mano.

D. RUPERTO

Señora.

D^a AURELIA

Estos amigos: Isabel y...

ALBERTO

Alberto.

D^a AURELIA

Se quedan a vivir en la casa.

Intercambian saludos a distancia –leves inclinaciones de cabeza– sin que por ello D^a AURELIA interrumpa la conversación.

D^a AURELIA

Haga lo que considere necesario, pero asegúrese de que mi hijo no intervenga en esto. Y me da igual lo que le haya podido decir don Guillermo. ¿Le ha quedado claro?

D. RUPERTO

Perfectamente.

D^a AURELIA

(A ISABEL y ALBERTO.) Don Guillermo es mi hijo, aunque en familia le llamamos Mito, por Guillermito.

ALBERTO

Ya.

D. RUPERTO

¿Le parece, entonces, que prepare el contrato?

D^a AURELIA

(A D. RUPERTO, recuperando el tono.) Y redáctelo de forma que no pueda vender, ni desahuciar, ni rescindir, ni declarar ruina... Atado y bien atado. ¿Entendido?

D. RUPERTO

Perfectamente. *(Y va tomando nota de las indicaciones.)*

D^a AURELIA

El importe, lo dicho, y duración, pongamos... ¿Unos diez años?

ALBERTO

¿Diez años?

D^a AURELIA

O cincuenta. A mí ya los años...

ALBERTO

(Perplejo.) ¿Diez años con ese alquiler?

D^a AURELIA

Si se van a sentir más cómodos, podemos incrementar el IPC.

ISABEL

(Al tiempo que empuja a ALBERTO.) Tú de estos detalles mejor te desentendes, ¿eh?, que ya me ocupo yo.

D^a AURELIA

Huelga decir que tendrán que firmar un inventario, con el compromiso de mantenerlo todo en perfecto estado.

ALBERTO

Sí, claro.

D^a AURELIA

(A D. RUPERTO.) Ah, y hágalo de forma que se pueda ampliar.
(A ALBERTO.) Compraba por el mundo con tanta incontinencia, que seguro que hay piezas viajando por ahí.

D. RUPERTO

Esta mañana mismo llamaron de aduanas, que tenían un bulto fletado en las Bahamas.

D^a AURELIA

¿Ve?

ALBERTO

Qué fuerte, ¿no? Que llamen a la puerta y traigan un cuadro, o una mesa de estas, así de... de... *(Señalando la mesita que hay junto a él.)*

D^a AURELIA

Taracea de piedras duras.

ALBERTO

Pues eso.

D^a AURELIA

Huelga decir que los gastos que se generen: el transporte, la descarga... corren por nuestra cuenta. No el mantenimiento.

ALBERTO

Lógico.

D^a AURELIA

(A D. RUPERTO.) Anote eso también. *(Y como no contesta.)*
¿Entendido?

D. RUPERTO

Perfectamente. Perfectamente.

D^a AURELIA

Pues póngase a ello.

D. RUPERTO lo anota y guarda el cuaderno en el portafolio.

ALBERTO

Me va a perdonar, pero tengo que decírselo: verá, es que llegué a pensar que esto era un concurso.

ISABEL

¿Pero cómo se te ocurre...?

D^a AURELIA

¿Un concurso?

ALBERTO

Sí, ya sabe: una cámara oculta.

D^a AURELIA

Pues no, no sé.

D. RUPERTO

Verá, la señora es que no ve esas cosas. *(A D^a. AURELIA.)* Son programas que emiten por la televisión.

D^a AURELIA

Ah, sí, qué interesante. ¿Y alquilan palacios?

D. RUPERTO

No exactamente.

ISABEL

No le haga caso. ¡Trasto de hombre! *(A ALBERTO, empujándole.)* Nosotros ahora lo que tenemos que hacer es centrarnos en el contrato.

ALBERTO

Bueno, yo lo decía... *(Tratando de zafarse.)*

ISABEL

Y en el inventario. Son cosas muy valiosas. *(Tirando de él.)*

ALBERTO

Por supuesto. Sí, muy valiosas. De hecho, a mí lo que me más preocupa es cómo hacer...

ISABEL

Por favor, Alberto, no te preocupes tanto.

ALBERTO

No tenemos experiencia.

ISABEL

¿Experiencia?

ALBERTO

Sí, de cómo cuidar una casa así. No sé, cómo limpiarla ¿Sabes tú qué productos...?

D^a AURELIA

Mi marido lo anotó en un cuaderno. El protocolo lo llamaba él. Ahí dejó por escrito lo que había que hacer en cada caso. *(A D. RUPERTO.)* No se olvide de hacerles una copia y la adjunta al contrato.

D. RUPERTO

Descuide, así lo haré.

D^a AURELIA

Y las llaves. Deme las llaves.

D. RUPERTO

Un momento. *(Y se apoya en la mesita, para sacarlas del portafolio.)* Tome.

D^a AURELIA

(Y según las coge, se las entrega a ISABEL.) Pues tome, todas tuyas.

ALBERTO

¿Y el contrato? ¿No quiere que firmemos...?

D^a AURELIA

No es preciso. Esta tarde, o mañana, se lo acerca Ruperto.

ISABEL

La cuidaremos como si fuera nuestra.

D^a AURELIA

Es que lo es. En cierto modo. Y es que las cosas son de quienes las disfrutan. *(Pausa.)* Y bueno, les dejo. Ustedes, si quieren, pueden quedarse ya.

ALBERTO

¿Volveremos a verla, antes de que se marche?

D^a AURELIA

Yo salgo en unas horas, pero él estará localizable para lo que puedan necesitar. *(Por D. RUPERTO.)*

ISABEL

Si nos deja un teléfono podríamos tenerla al...

D. RUPERTO

(Saliendo al paso con prontitud.) La señora no habla por teléfono.

D^a AURELIA

(Perpleja.) ¿Cómo?

D. RUPERTO

La señora recibe.

D^a AURELIA

Mi madre siempre lo decía: no hay nada tan urgente que no pueda esperar al día de visitas.

ALBERTO

¡Mire! Eso lo voy a decir yo en el Ministerio; a ver si cuele.

ISABEL

Era por contarle... por tenerla al corriente; pero usted no se preocupe, que ya verá cómo, cuando regrese, se lo va a encontrar todo... *(Y cierra con un gesto.)*

D^a AURELIA

De eso no me cabe la más mínima duda. *(E inicia el mutis.)*

D. RUPERTO

(Apartándose para cederle el paso.) Señora.

D^a AURELIA

(Se detiene, se vuelve.) Que sean muy felices. Que sean muy felices... aquí. *(Y sale.)*

D. RUPERTO, después de varias indecisiones, se despide inclinando la cabeza, y sale tras D^a AURELIA, al tiempo que por el lateral opuesto entra D. DANIEL, un anciano bien trajeado, cuya presencia –siempre en sombra– no será advertida por la pareja.

ISABEL y ALBERTO, que no han podido, que no han querido, o que no han sabido reaccionar, se miran perplejos, y recorren la estancia sin acabar de creérselo. Finalmente ríen, se abrazan, y se dejan caer en sendos sofás, amplios y confortables.

ISABEL

¿Qué? ¿Qué me dices?

ALBERTO

¿Que qué te digo? Pues que vamos a vivir como marqueses.

Y embelesados, observan cuanto les rodea, al tiempo que D. DANIEL les observa a ellos.

*Tema musical de “Lo que el viento se llevó”, y un ligero crujir de tabiques, al tiempo que se hace un **SEMIOS-CURO**.*



ESCENA I I

Durante la transición los MOZOS 1º y 2º introducen en escena una escalera de mano y un carro de limpieza.

Al iniciarse la escena, ISABEL y ALBERTO llevan guantes de látex y visten, sobre su ropa de calle, sendas batas de trabajo.

En el carro de limpieza tienen a mano: trapos, plumeros, espátulas, cepillos, pinceles y distintos frascos y pulverizadores. Utensilios y productos con los que limpian de forma obsesiva. La velada, por tanto, será muy distinta de la que se prometían. Aunque sin caer en la caricatura.

D. DANIEL, cuya presencia –siempre en sombra– no es advertida por la pareja, se mantiene al margen, sentado en un rincón.

ISABEL

¿Has visto este biscuit? Se llama así, ¿no?

ALBERTO

(No muy convencido.) Sí.

ISABEL

(Medio en broma.) Lo que estamos aprendiendo. *(Y se queda extasiada.)*

ALBERTO

Venga, tía, no pares. *(Yendo hacia el carro a dejar unos trapos.)*

ISABEL

Es que no me canso de mirarlo.

ALBERTO

Pues cánsate, pero de limpiarlo.

ISABEL

¿Dónde lo comprarían?

ALBERTO

A saber.

ISABEL

(Mirando bajo la peana.) Vincennes, 1770.

ALBERTO

(Bromeando.) Eso no quiere decir que lo compraran allí.

ISABEL

Mira tú este. Ni que lo compraran ese año. No soy tan mema.

ALBERTO

(Cogiendo de la vitrina una vasija de cristal con aplicaciones de plata.) Y esto será veneciano, que no se cortaban un pelo.

(Leyendo el pie.) ¡Cristal de Murano! Te suena, ¿no?

ISABEL

Como se te caiga, es cuando me va a sonar.

ALBERTO

(Volviendo a colocar la copa en la vitrina.) Las piezas de vidrio es que no tendríamos que limpiarlas todos los días; no sea que rompamos alguna.

ISABEL

Y que el polvo también tiene su encanto.

ALBERTO

Ya te digo. *(Volviendo para cerrar la otra vitrina.)* Y a propósito del polvo, la que tiene que estar buena es la momia del sótano.

Interesado por el tema, D. DANIEL se incorpora, aunque sin llegar a levantarse.

ISABEL

Mira que comprar un momia... A quien se le cuente.

ALBERTO

(Según va a por la escalera.) Un millón de dólares, les costó en la subasta.

ISABEL

Pues ya son ganas de momia.

ALBERTO

Y digo yo: ¿por qué la retendrían en la aduana?

ISABEL

(Bromeando.) Por si era una momia ilegal.

ALBERTO

Pues no será por falta de papeles. Hasta el certificado de estar empadronada he visto por ahí. *(Cogiendo la escalera.)* Que, muérete, estaba empadronada en las Bahamas.

ISABEL

Ya.

ALBERTO

Dime tú a mí, qué haría una momia egipcia en las Bahamas.

ISABEL

Pues estaría en el paraíso. ¿A ver dónde mejor? Paraíso fiscal, eso sí, pero paraíso.

ALBERTO

Muy bueno, tía, apúntate un tanto.

ALBERTO coloca la escalera junto a la silla en la que está sentado D. DANIEL; y este, contrariado, se levanta y se desplaza, siempre cerca de la pared.

ISABEL

Pues lo que es yo, ni loca le quito el polvo a una momia, por muy egipcia que sea. *(Se sienta en el sofá.)*

ALBERTO

(Desde lo alto de la escalera.) ¿Para qué comprarían tanta cosa?

ISABEL

Para que no se les amontonara el dinero. Acuérdate de lo que decía doña Aurelia: es tan feo. *(Y consulta el “cuaderno de instrucciones”.)*

ALBERTO

No hay nada tan necio como esforzarte por poseer lo que no necesitas. Es lo que he dicho siempre. Y luego, pues mira, tiene su cosa.

ISABEL

El betún de Judea, ¿sabes tú con qué se diluye?

ALBERTO

Ni pajolera idea.

ISABEL

Se me fue la mano con la arqueta, y aquí no dice nada de cómo rebajarlo.

D. DANIEL se aproxima a ISABEL por la espalda, mira el cuaderno por encima de su hombro y hace un gesto de fastidio equivalente a un "me olvidé".

ALBERTO

Deberíamos tomárnoslo con más calma, o la casa acaba con nosotros. *(Sin dejar de pasar el plumero.)*

ISABEL

(Cerrando el cuaderno.) Sí, porque a este ritmo...

D. DANIEL continúa deambulando, y se sienta en otra silla.

ALBERTO

(Baja de la escalera, y la cambia de sitio.) Hay dormitorios que cerraría sin más. Porque, a ver, ¿cuántos hay?

ISABEL

(Poniéndose en pie.) Quince, creía yo que había, pero esta mañana conté diecisiete.

ALBERTO

¡Diecisiete dormitorios! Más que horas de sueño.

ISABEL

Pues con dos que dejáramos abiertos...

ALBERTO

¿Es que piensas dormir dos veces?

ISABEL

Por si viniera alguien.

ALBERTO

Espero que no le importe que los cerremos.

ISABEL

¿A D^a Aurelia? No creo. Además, lo pone ahí. *(Señalando el cuaderno.)* Que las habitaciones cerradas hay que revisarlas una vez al mes. Luego está previsto. Por cierto, ¿tú no tienes la sensación de que aparecen puertas donde no las había?

ALBERTO

Yo es que me pierdo. Vamos, que hay veces que ni sé dónde estoy; como para saber si había una puerta o no. *(Baja de la escalera.)*

ISABEL

(Sin dejar de limpiar.) Pues yo, por mí, si quieres, los cerramos.

ALBERTO

Y otra cosa que tendríamos que hacer es contratar a una asis-tenta.

ISABEL

Por mí, como comprenderás, ningún problema; aunque ya me dirás con qué.

ALBERTO

Pues, o buscamos refuerzos o morimos en el intento. *(Y cambia la escalera de sitio.)*

ISABEL

Además, ¿a quién metes? Porque lo suyo sería contratar a un restaurador.

ALBERTO

Nosotros no somos restauradores. Y... bueno...

ISABEL

A saber la de estropicios que estaremos haciendo.

ALBERTO

A mí no me mires.

ISABEL

¿Ah, no? ¿Y qué me dices del ánfora?

ALBERTO

Estaba de polvo que no había por dónde cogerla.

ISABEL

Pues le diste una ducha de agua caliente que se fue medio Imperio Romano por el desagüe de la bañera.

Y ambos ríen la ocurrencia, no así D. DANIEL, a quien no le ha hecho maldita la gracia.

ALBERTO

Pero, ¿a que quedó como nueva? *(Dejándose de bromas.)* Y venga, en serio, probamos una semana. *(Marcando en el móvil.)* Además, si es tan fácil como poner un anuncio.

ISABEL

Preferiría, no sé, alguien con referencias.

ALBERTO

Dijo Escarlata O'Hara.

ISABEL

Oye, eso de Escarlata O'Hara no suena nada mal. Esto es mejor que Tara.

ALBERTO

Pues ya sabes: para ser Escarlata O'Hara hacen falta esclavos.

ISABEL

Sí, hombre.

ALBERTO

No hay Escarlata O'Hara sin esclavos. Vale que ahora no hay que traerlos a la fuerza, que ahora se matan por venir, pero ser Escarlata O'Hara es tener a alguien que te lo haga. Así que ¿llamo, o no?

ISABEL

Ya, pero eso es *Lo que el viento se llevó*. O lo que debería haberse llevado. O bueno, mira, lo que tendría que llevarse de una vez por todas.

ALBERTO

Pues para vivir en Tara hay que ser Escarlata O'Hara. Así que tú veras. *(Pausa.)* ¿Llamo?

ISABEL

Mira, haz lo que quieras. Es lo que vas a hacer de todos modos.

ALBERTO

(Mientras marca.) Tampoco pasa nada por llamar a las cosas por su nombre. *(Y, ya al teléfono, habla alto y pausado, grabando su mensaje en un contestador.)* Poner un anuncio.

ISABEL

(Para sí.) Más cabezón... *(Y con indignación, mitad verdad y mitad fingida.)* Llama por lo menos a una agencia, que nos den alguna referencia. A ver a quién metemos en casa.

ALBERTO

Vale, vale, de acuerdo, llamaré a una agencia. *(Navega con el teléfono y vuelve a marcar.)* ¿Sí? *(Pausa.)* Sí, verá, necesitamos a alguien...

Tema musical y crujir de tabiques durante el SEMIOS-CURO.



ESCENA III

Llaman a la puerta: un par de timbrazos breves. Y cuando vuelve a iluminarse la escena, la situación es muy similar a la anterior, solo que unos días después.

ISABEL

¿Quién podrá ser?

ALBERTO

Anda, abre tú, que mira cómo estoy. *(Mostrándole los guantes.)*

ISABEL

(Quitándose los guantes, al tiempo que va hacia el vestíbulo.)
Pues te los quitas, que es que le echas un morro... *(Y sale.)*

Se escuchan voces ininteligibles y, de inmediato, ISABEL vuelve al salón (quitándose la bata), seguida de D. RUPERTO y de D. GUILLERMO –joven impecablemente trajeado y con aire anglosajón–, que atiende un mensaje en su móvil, justo cuando iba a saludar a ALBERTO, que le salía al encuentro. La visita desagrada a D. DANIEL, que se pone en pie y deambula mostrando un cierto desasosiego.

ALBERTO

(Algo incómodo, tras rehacerse del desaire, saluda a D. RUPERTO.) Hombre, don Ruperto, qué alegría verle por aquí.

D. GUILLERMO recorre la sala con la mirada.

D. RUPERTO

Disculpe que nos presentemos así, sin avisar, pero don Guillermo quería conocerles.

ISABEL

(Forzando la sonrisa.) Es el hijo de doña Aurelia. *(Y deja la bata en el sofá.)*

ALBERTO

(Acabando de quitarse los guantes.) Perdonen, pero mire cómo nos cogen.

D. GUILLERMO

(Sin que el carácter cortés de sus palabras se corresponda con el tono desdeñoso con el que las va dejando caer.) Son ustedes quienes tienen que disculparnos. Disponía de unas horas entre vuelos y, como esto está a un paso del Aeropuerto... *(Y tras sentarse en el sofá, pies por alto, continúa más pendiente del móvil que de la conversación.)*

ISABEL

Ha hecho estupendamente. *(Bromeando.)* Además, que está usted en su casa.

ALBERTO

Su madre nos habló mucho de usted. *(Y le pasa su bata a ISABEL, y esta la deja junto a la suya.)*

D. GUILLERMO

Ya, ya supongo. Pero siéntense, siéntense ustedes.

Tras unos segundos de incomodidad, ISABEL se sienta, ALBERTO permanece en pie, y a D. RUPERTO, que también iba a sentarse, le detiene D. GUILLERMO con la mirada.

ISABEL

Pues sí, decía maravillas.

D. GUILLERMO

¿Mi madre? ¿De mí?

ALBERTO

Digamos que ponía en valor su capacidad para “coleccionar” dinero.

D. GUILLERMO

Eso ya me cuadra más.

ISABEL

Y que era usted economista.

D. GUILLERMO

Mis obreros... son economistas. Yo soy financiero.

ISABEL

Ah.

D. GUILLERMO

(Dejándose de preámbulos.) Y bueno, mire, creo que somos lo suficientemente “adultos” como para no andarnos con rodeos. Lo hecho, hecho está. Y sí, el contrato es correcto, por más que tenga alguna fisura. Quiero decir con esto que podría impugnarse, aunque no lo vaya a hacer.

Aumenta el nerviosismo de D. DANIEL.

D. GUILLERMO

En cualquier caso, lo que tiene que quedar claro es que vamos a reconducir esta situación. Mi madre está pasando un mal momento y yo voy a ocuparme de sus asuntos. Ya le he dado instrucciones aquí, a don Ruperto, y espero que sea tan eficaz para resolverlo como lo fue para armar este embrollo. Que menudo engendro.

D. RUPERTO

Yo hice lo que me ordenó su señora madre.

D. GUILLERMO

(Poniéndose en pie.) **Nada.** Óigame bien lo que le digo. **Nada.** Mi madre no firma **nada** mientras yo no lo vea. ¿Entendido?

D. RUPERTO

(Casi imperceptible.) Sí, sí señor.

D. GUILLERMO

Y, de ahora en adelante, límitese a cumplir mis órdenes o aténgase a las consecuencias.

D. RUPERTO

Sí, señor. *(Asintiendo más con la cabeza.)*

D. GUILLERMO

No estoy dispuesto a consentir que nadie más se aproveche de su estado emocional

ALBERTO

Un momento, un momento. Nosotros no nos hemos aprovechado...

D. GUILLERMO

(Perdiendo un poco la compostura.) ¡Esta casa por cien euros mensuales? ¡Cien euros! ¿Le parece normal?

ALBERTO

Lo que nos pidió. Y que conste que yo no quería.

D. GUILLERMO

(Con sarcasmo.) Vamos, que le obligó.

ISABEL

Además, no es un alquiler así, sin más; hay una cláusula de prestación de servicios.

ALBERTO

Eso. ¡Nos pasamos la vida limpiando!

D. RUPERTO

Don Guillermo no duda de su buena intención.

D. GUILLERMO

La sola existencia de ese contrato es motivo más que suficiente para su impugnación. *(A ALBERTO.)* Mire, mi madre no está en posesión de sus facultades mentales, *(A ambos.)* y lo saben. O deberían saberlo. A ver, si no, a cuento de qué este ataque de... de caridad.

ALBERTO

¿De... caridad?

D. GUILLERMO

Se recuperará. Espero. En cualquier caso, no quisiera ponerla en el trance de tener que ir a los juzgados.

ISABEL

(Dubitativa.) Temía que la vendiera; que vendiera la casa, sus recuerdos.

D. RUPERTO

La señora lo que quería es que...

D. GUILLERMO

Sé lo que quería y sé lo que temía.

ISABEL

(Más enérgica.) Lo hizo para preservar la memoria de su padre.

D. GUILLERMO

Mi padre no era mi padre.

D. DANIEL se detiene apenas un momento y, sin más, sale del salón.

D. GUILLERMO

No, no lo era: no podía tener hijos. *(Con sarcasmo.)* Yo debo ser el “fruto” de algún viaje a Londres –a la City, suele decir mi madre–, y ella debe saberlo; por más que lo diga solo para incordiarme. Le molesta mi interés por los negocios, le parece..., no sé, demasiado proletario. En fin, ya saben cómo son las madres.

ALBERTO

Mire, a nosotros no nos corresponde entrar en cuestiones...

D. GUILLERMO

... que no les corresponde. Totalmente de acuerdo. *(Con lo que da el tema por zanjado.)* Así que vamos a lo que importa: D. Ruperto redactará un nuevo contrato.

ALBERTO

¿Para?

D. GUILLERMO

No pensarán que vamos a seguir como hasta...

ISABEL

Pero usted ha dicho que no lo iba a impugnar.

D. GUILLERMO

Gratis no me va a salir, eso lo tengo claro. *(Y se sienta.)* Pero entre impugnarlo y no hacer nada, hay mucho espacio para alcanzar acuerdos.

D. RUPERTO

Lo que don Guillermo les propone es introducir unas mejoras.

ISABEL

Nosotros no necesitamos...

ALBERTO

Deja, deja. Tu siéntate y deja que se expliquen.

ISABEL se sienta.

ALBERTO

¿Y bien?

D. GUILLERMO

(*A D. RUPERTO.*) Adelante; dígales de qué se trata.

D. RUPERTO

¿Yo?

D. GUILLERMO

Venga, hombre, ¿a qué espera?

D. RUPERTO

(*Y nervioso rebusca en la cartera.*) Un momento, un momento. (*Según vaya avanzando en su exposición, irá adoptando una actitud didáctica.*) Cuando doña Aurelia me pidió que redactara un contrato de cesión —eso fue lo que dijo, de cesión—, y después de estudiar los acuerdos a los que, al parecer, habían llegado, yo entendí que lo más apropiado para establecer una relación así era que la cesión se hiciera en usufructo; en este caso múltiple, por ser dos los beneficiarios.

D. GUILLERMO

Al grano, Ruperto, al grano.

D. RUPERTO

Sí, sí, enseguida. (*Y retomando el hilo.*) No obstante, el documento debía tener la apariencia de un contrato de alquiler. Mezclar un contrato de alquiler con una cesión en usufructo es técnicamente irregular, lo sé, pero doña Aurelia no quería que pareciera una donación, por si eso les humillaba.

ISABEL

¿Cómo?

D. RUPERTO

(*Satisfecho por el protagonismo.*) Y ese es el motivo de que el planteamiento sea un tanto ambiguo: se establece una cuota mensual que de algún modo podría entenderse como un alquiler, pero que en realidad son aportaciones a un fondo garante con el que cubrir los riesgos por el posible mal uso de los bienes cedidos.

ISABEL

Ya, ¿pero eso de la donación, a qué se refiere?

D. RUPERTO

(Sintiéndose en otro nivel.) Son términos jurídicos. Adornos de letrado.

D. GUILLERMO

No se haga ilusiones, no hay donación que valga, eso se lo puedo asegurar.

ISABEL

(A ALBERTO.) ¿Pero este de qué va?

D. RUPERTO

No, no, claro, la *nuda propiedad* es de doña Aurelia. Mientras viva. Y llegado el caso, Dios no lo quiera, pues... tras su muerte, pasaría a sus herederos. El usufructo, por tanto, les otorga el disfrute y les obliga a la conservación de los bienes cedidos; pero eso, cedidos. Lo del alquiler, el supuesto alquiler, son delicadezas de la señora, que prefirió ocultar, con este artificio jurídico, el carácter benéfico de la cesión.

ALBERTO

Oiga, nosotros no le hemos pedido nada a nadie. Fueron ustedes los que pusieron el anuncio. ¡Benéfico, dice!

D. RUPERTO

Lo sé, lo sé. Lo sabemos. *(Dirigiéndose a D. GUILLERMO.)* Como comprenderá, yo advertí a su señora madre, era mi obligación, que este tipo de cesiones solo suelen hacerse a familiares o a personas muy allegadas, pero ella...

D. GUILLERMO

(Poniéndose en pie, le interrumpe con brusquedad.) Ruperto, vale ya. Le he dicho que les hable del contrato, no que se justifique. Así que vaya al grano.

D. RUPERTO

Perdón, perdón. Disculpe. *(Y continúa.)* Verán, lo que don Guillermo quiere proponerles es que firmemos un nuevo contrato, prácticamente igual que el anterior, aunque más ventajoso para ustedes.

ALBERTO

(Irónico.) El que tenemos ya nos parece bastante ventajoso. Tampoco quisiéramos abusar.

D. RUPERTO

(Incómodo por tener a D. GUILLERMO a su espalda.) Suprimiríamos el alquiler, que no conduce a nada, y se mantendría el usufructo, solo que de otros bienes.

ISABEL

¿Otra casa?

D. RUPERTO

Pues sí. Una vivienda más en consonancia; algo más de hoy: un chalet. Un chalet importante: amplio, bien equipado y con un diseño más contemporáneo. Ah, y sin tanto engorro. Vamos, que no tendrían que pasarse la vida limpiando antigüedades.

ISABEL

A nosotros es que esto de limpiar nos gusta mucho.

ALBERTO

Es muy entretenido. Deberían probarlo.

D. GUILLERMO

¿Quiere eso decir que no lo aceptan?

ALBERTO

Podríamos incluso romper el contrato e irnos sin más. Pero...
(Y lo deja en el aire.)

D. GUILLERMO

Pero no lo harán.

ALBERTO

No, no lo haremos. El contrato lo firmamos con su señora madre y no cambiaremos ni una coma sin hablarlo antes con ella.

D. GUILLERMO

¿Saben que la Justicia puede anular el usufructo por...?

ISABEL

Si la Justicia dice que nos vayamos, nos iremos.

ALBERTO

Pero tendrá que decirlo.

D. GUILLERMO

No será necesario. No habrá que recurrir a la Justicia.

ALBERTO

Pues no sé qué otra cosa puede hacer.

D. GUILLERMO

(En actitud desafiante.) Mire, lo primero que voy a hacer... es no decirles lo que voy a hacer. De lo demás, ya se irán enterando en su momento.

D. RUPERTO

Es una propuesta muy generosa.

D. GUILLERMO

(A D. RUPERTO.) Vamos. *(Y se marcha sin hacer el más mínimo gesto que pudiera interpretarse como un saludo.)*

D. RUPERTO

(Iniciando el mutis.) Yo en su lugar me lo pensaría. *(Y aligera el paso para alcanzar a D. GUILLERMO.)* En serio. Me lo pensaría.

Es salir D. GUILLERMO y entra D. DANIEL. Un momento después se oye un portazo.

ALBERTO

(Subiendo el tono.) Disculpen que no les acompañemos, pero ya conocen el camino.

ALBERTO e ISABEL quedan perplejos. También D. DANIEL, que a veces se ilumina, a veces no, sin que estas "apariciones" (tres o cuatro) sean advertidas por ninguno de los dos.

ISABEL

¡Qué fuerte, tío, qué fuerte!

ALBERTO

A lo que te lleva el dinero.

ISABEL

Pero..., pero si no habrá acabado siquiera la carrera.

ALBERTO

Pues ya ves.

ISABEL

¿Qué edad podrá tener? Veintipocos.

ALBERTO

Eso es por la informática que, con tanta banda ancha, se les aceleran las neuronas.

ISABEL

¡Y ahora qué hacemos?

ALBERTO

(Poniéndose la bata.) ¿Pues qué vamos a hacer?, seguir limpiando.

ISABEL

(Poniéndose también la bata.) Digo, de la casa. Porque algo habrá que hacer.

ALBERTO

Pues eso, cumplir con nuestra parte del contrato: o séase, limpiar.

ISABEL

Van hacernos la vida imposible.

ALBERTO

Y tanto.

ISABEL

Si pudiéramos hablar con doña Aurelia... *(Poniéndose los guantes.)* Ahora, nosotros firmes.

ALBERTO

(Con fingido heroísmo.) Hasta el final. Firmes hasta el final.

ISABEL

Que no es que tengamos ninguna misión que cumplir. *(Y se lo piensa un momento.)*

ALBERTO busca entre los productos de limpieza.

ISABEL

Aunque, en cierta forma, estamos cumpliendo una misión.

ISABEL advierte cómo, por un momento, la luz hace visible a D. DANIEL. Y este, al sentirse observado, la saluda tímidamente con la mano, al tiempo que la luz se desvanece.

ISABEL

O... bueno, un... encargo. *(Desconcertada, le dice a ALBERTO en voz baja.)* Oye, oye.

ALBERTO

(Extrañado.) ¿Sí?

ISABEL

¿Tú ves al señor ese que hay ahí?

ALBERTO

¿Dónde?

ISABEL

Ahí, junto a la columna.

ALBERTO

(Tratando de ver algo.) Pues... no.

ISABEL

Tampoco yo. Quiero decir ahora. Pero hace un momento me ha parecido ver...

ALBERTO

¿Al marido de doña Aurelia?

ISABEL

Pues sí, ahora que lo dices, porque se parecía bastante al de las fotos. Aunque está muy desmejorado.

ALBERTO

Pero eso debe ser porque está muerto.

ISABEL

Seguramente.

ALBERTO

Yo es que ya lo había visto. En el cuarto de baño.

ISABEL

¿Y eso?

ALBERTO

No te dije nada porque fue visto y no visto. Pero yo para mí que se estaba afeitando.

ISABEL

Míralo qué gracioso.

ALBERTO

Pues maldita la gracia.

ISABEL

¿Y qué tiene de malo que se afeite?

ALBERTO

¡Con mi maquinilla! ¡Se estaba afeitando con mi maquinilla!

ISABEL

Bueno, ¿y qué?

ALBERTO

Pues que eso es algo muy personal.

ISABEL

También tú, ya te vale, tienes un encuentro con el más allá y no se te ocurre otra cosa que mosquearte por...

ALBERTO

No sabemos de qué murió. *(Bromeando.)* Además, lista, ¿qué hubieras hecho tú?

ISABEL

¿Yo? No sé. *(Reaccionando.)* O bueno, mira, sí: preguntarle que con qué se diluye el betún de Judea, que seguro que él sí que lo sabe.

ALBERTO

Anda que también tú... *(Y le hace cosquillas.)*

Y ambos corren, y ríen, y se abrazan, ante la mirada complaciente de D. DANIEL, al tiempo que se hace el SEMIOSCURO, y crujen los tabiques —la casa crece— mientras se escucha el tema musical.



ESCENA I V

Al iluminarse de nuevo la escena, el salón ha crecido. No es que se aprecien grandes transformaciones, solo que las paredes son algo más altas. Han crecido.

ISABEL y ALBERTO, él en la escalera y ella junto al carro, continúan limpiando.

ISABEL

Los que no han vuelto a dar señales de vida son los de la agencia.

ALBERTO

(Bajándose de la escalera.) Nos habrán dejado por imposibles.

ISABEL

¿Por mi culpa?

ALBERTO

No, por la mía. Manden a quien manden, no te gusta ninguna.

ISABEL

Es que... menudo personal: la que no tenía clavos –que parecía una puerta– tenía una cresta así, igual que un papagayo.

ALBERTO

Eran divertidas.

ISABEL

Divertidas sí eran.

ALBERTO

(Según cambia la escalera de sitio.) Puedo volver a llamarles.

ISABEL

¿Para qué?, mientras no sepamos qué es lo que va a pasar...

ALBERTO

Imagínatelo: nada bueno. Que estarán viendo a ver cómo la

incapacitan.

ISABEL

¿Tú crees?

ALBERTO

A ver si no.

ISABEL

Bueno, eso lleva su tiempo.

ALBERTO

Pues no sé qué decirte, que estos, con un médico que se preste y un juez que no pregunte, la inhabilitan en un santiamén. *(Y se sube a la escalera.)*

ISABEL

Pobre mujer, sea usted rica para esto.

ALBERTO

(Señalando hacia el techo con el plumero.) ¿A ti no te parece que es cada día más grande?

ISABEL

¡Y tanto! Cada vez que me pongo a limpiar.

ALBERTO

No, en serio.

ISABEL

Y tan en serio.

ALBERTO

El otro día llegaba perfectamente. *(Tratando de llegar a la moldura con el plumero.)* Y, ¿ves? Nada. Como no compre-
mos otra escalera...

ISABEL

¡Comprar? Ja.

ALBERTO

Tranquila, que es un decir.

ISABEL

(Muy irritada.) Hemos renunciado a los complementos para tener las tardes libres, no vamos encima...

ALBERTO

Que sí, que lo sé, que vamos justos.

ISABEL

¡Justos? Muy justos. Además, la administración la llevo yo, ¿no? Pues eso.

ALBERTO

(Al tiempo que se baja de la escalera.) Que no es que quiera que compremos nada –Señor, cómo te pones–, pero que algo habrá que hacer.

ISABEL

(Señalándole la escalera.) Seguir limpiando. *(Y medio en broma.)* La idea no es mía.

ALBERTO

Vale, sí, ya, ahora me pongo. Pero que conste que la casa crece.

ISABEL

Que se nos hace cada vez más grande, pero cómo va a crecer.

ALBERTO

(Sosteniéndole la mirada.) Ah, ¿no?

ISABEL

Bueno, sí; a veces.

ALBERTO

Porque somos unos insensatos y hacemos como si no; pero vamos que si crece.

ISABEL

Puede, no sé.

ALBERTO

Además, aunque no creciera; si es que no tenemos ni para droguería.

ISABEL

Por eso es por lo que digo que hay que ahorrar.

ALBERTO

¡Ahorrar? Ahorrar es recurso de pobres. Aquí lo que hace falta es ganar dinero.

ISABEL

Pues ya me dirás cómo.

ALBERTO

Negociando con la casa.

ISABEL

¡Estás loco? No puedes. No podemos. ¿Tú has leído el contrato?

ALBERTO

Treinta veces lo menos.

ISABEL

“Para su exclusivo disfrute personal”, lo dice bien clarito.

ALBERTO

¿Y qué mejor disfrute personal que hacernos millonarios?

ISABEL

Alberto, por favor, que te conozco.

ALBERTO

Podríamos alquilar habitaciones. ¡Será por dormitorios!

ISABEL

Veintitrés he contado esta mañana.

ALBERTO

¿Ves? Si es que lo está pidiendo.

ISABEL

Pues no me veo llevando una pensión.

ALBERTO

Hija, por Dios, mira a tu alrededor. Sería un cinco estrellas.

ISABEL

Podríamos enseñarla. Convertirla en museo.

ALBERTO

Eso no deja un duro. Ceder las piezas para exposiciones podría ser una opción; aunque tampoco creo que merezca la pena.

ISABEL

Para, para un momento. Lo retiro. No he dicho nada, ¿vale?
No creo que doña Aurelia estuviera conforme, ni con los préstamos ni con lo de enseñarla. Y no digamos ya con que tengamos huéspedes.

ALBERTO

Pues algo habrá que hacer. Desde que vino el hijo le vengo dando vueltas: porque tiene un valor, esto tiene un valor, ¿no? Pues si tiene un valor, tiene que haber un modo de que dé beneficios.

ISABEL

Miedo me das.

Llaman a la puerta: un par de timbrazos tal vez excesivos. Y D. DANIEL, que permanecía oculto en primer término, asoma la cabeza.

ISABEL

Lo mismo es de la agencia.

ALBERTO

¿Hoy domingo? No creo. Además, no avisaron; y suelen avisar.

ISABEL

Deja, ya salgo yo a ver. *(Y sale a abrir.)*

La puerta y los saludos que se escuchan mantienen la atención de ALBERTO y de D. DANIEL. Entra YUYA –joven caribeña que irradia simpatía– seguida de ISABEL.

YUYA

(Con marcado acento cubano.) Revolució o muedte. *(Al tiempo que saluda puño en alto.)*

ALBERTO

¿Cómo dice?

YUYA

(Desconcertada por la extrañeza de ALBERTO.) O bueno' día' no' de Dio', si tú prefiere'.

ALBERTO

Con buenos días, a secas, ya nos vale.

YUYA

Po'que u'tede' son lo' okupa.

ALBERTO

¿Los que?

YUYA

Lo' revolucionario' qu'an toma'o e' palacio.

ISABEL

A ver, a ver, a ver. ¿No dice que la mandan de la agencia?

YUYA

Sí, de la agencia. Que yo fui allí a pregunta', por si tenían un trabajito, tú sabe. Y qué bueno, mi niña, que necesite' una mucama.

ALBERTO

¿Y en la agencia te han dicho que éramos okupas?

YUYA

Bueno, no 'xactamente.

ISABEL

Claro, ahora se entiende; por eso nos mandaban a las que nos mandaban, todas antisistema.

YUYA

Que no mi amol, que no.

ALBERTO

¡Piensan que somos revolucionarios!

YUYA

Usté sabe' camarada, como en Cuba vivimo' con el puño en adto.

ISABEL

Pero algo le habrán dicho para que piense eso.

YUYA

Ay, mi niña, qué todpe. No me haga usté caso. Si e' que yo no me entero.

ISABEL

Bueno, bien, pues se trata de que limpie la casa.

YUYA

(Reparando en el entorno.) ¿Edta casa tan linda? E'to e' un palacio. Y qué cantidá de obra' de adte.

ISABEL

Tienes experiencia, supongo.

YUYA

(Al ver la escultura.) Esa cabeza es la de Antinoo.

D. RUPERTO

¿De quién?

YUYA

Y aquel es Adriano.

ALBERTO

Ah, no sabía.

YUYA

(Asombrada ante un cuadro.) ¿Y eso? No. No puede se'. ¡Eso e' un Caravaggio!

ALBERTO

Pues no sabría decirle.

YUYA

Tienen cosas muy chéveres. Se nota que manejan mucha plata.

ALBERTO

Vivimos aquí, pero esto no es nuestro.

YUYA

O sea que son okupa'. Pue' lo que yo decía.

ISABEL

(Para sí.) No, si al final va a tener razón.

ALBERTO

(Señalando las piezas.) ¿Y cómo es que sabe...? ¿Cómo es que conoce...?

YUYA

Po'que yo nací en Camagüey, pero estudié en la Universida'

de la Habana: Academia Naciona' de Bella' Alte' San Alejan-
dro. Ubicada en Avenida 31 con calle 100 No. 10006. Muni-
cipio Obelisco de Marianao. Ciudad de la...

ALBERTO

De momento no pensamos viajar a Cuba, pero si cambiamos
de idea ya le pediríamos la dirección.

YUYA

E' por si quería' pedid referencia'.

ALBERTO

(A ISABEL.) Mira, referencias.

ISABEL

O sea que estudió Bellas Artes. Pues eso es una muy buena
noticia.

YUYA

Yo ya acabé el po'grado, tú sabe'. Y po' eso me vine para acá,
para haced un madte'. Y ay, mi amol, el gobie'no me pasaba
un dinerito, pero eso se acabó.

ISABEL

De momento sería solo por las mañanas.

YUYA

Ay vieja, pero eso estaría muy requetebié'. Po'que yo qui-
siera seguí e'tudiando, y ese tiempito me vendría de pedla'.

ISABEL

Pero, ¿tiene práctica? Porque aquí hay cosas muy valiosas.

YUYA

¿Que yo limpie e'ta' cosa'? ¿Eso e' lo que tú quiere'?

ALBERTO

Sí, claro, de eso se trata.

YUYA

Ay, sí, qué madavilla. Y ¿cuándo tú quiere' que yo empiece?

ALBERTO

Antes deberíamos hablar de dinero.

ISABEL

Es que, verás, pese a las apariencias... Pues que no somos ricos.

YUYA

Ya me maquinaba yo que uno' okupa' no iban a pagadme mucho.

ALBERTO

A ver si dejamos esto claro. (*Y se lo piensa.*) La casa no es nuestra, que nos la han dejado, así que no somos okupas, ¿vale? Pero, a cambio, tenemos que cuidarla.

YUYA

No joda', ustedes son lo' sí'viente'.

ISABEL

Bueno, tampoco es eso. Tenemos que pagar un alquiler.

YUYA

¿No son okupa', limpian la casa y pagan un alquiler'? Camaradas, el capitali'mo se supera a sí mi'mo.

ALBERTO

La cosa es más compleja.

YUYA

Ah, carajo.

ALBERTO

En fin, dejémoslo, ya te irás enterando poco a poco. De momento lo que importa es que sepas que no podremos pagarte... gran cosa.

ISABEL

Pero que te pagaremos.

YUYA

Con limpia' estas cosas tan linda' yo e'toy má' que co'tenta.

ALBERTO

(*A ISABEL, por lo bajo.*) Se ve que es de los nuestros.

ISABEL

¿Y... cómo te llamas?

YUYA

Mi nombre es Tania, Tania-María Quintero, pero a mí todo el mundo me conoce por Yuya. Yuya Quintero, para selvi' a Dio' y a ute'. *(Siente la necesidad de reafirmarse y rectifica.)* ¡Revolució' o muedte! *(Se vuelve, los mira.)* ¿O no?

Y al tiempo que se hace el SEMIOSCURO, crujen los tabiques. Y se escucha el tema musical.



ESCENA V

La casa continúa creciendo con tres arcos nuevos que coronan el muro frontal. Y los MOZOS 1º y 2º introducen dos nuevos sillones, que colocan en el proscenio.

D. DANIEL –sin iluminar– permanece junto a la columna, donde antes se “apareció”, y, desde allí, observa cómo ISABEL trata de verlo a él. Unos segundos más tarde entra ALBERTO, que se detiene y mira, alternativamente, a ISABEL y a donde ISABEL mira. Una situación que se mantiene hasta que, finalmente, ISABEL le pregunta:

ISABEL

¿Tú lo ves?

ALBERTO

Yo no *(Pausa.)* ¿Y tú?

ISABEL

Tampoco.

ALBERTO

Entonces, ¿por qué miras?

ISABEL

Para ver si lo veo.

ALBERTO

Puede que no esté ahí.

ISABEL

Está.

ALBERTO

¿Y tú por qué lo sabes?

ISABEL

Pues porque me ha hablado.

ALBERTO

¡Te ha hablado?

ISABEL

Sí.

ALBERTO

¿Cuándo?

ISABEL

Ahora, hace un momento.

ALBERTO

A ver a ver a ver. ¿Qué es eso de que te ha hablado?

ISABEL

Pues eso, que me ha hablado.

ALBERTO

¿En serio?

ISABEL

Y tanto.

ALBERTO

Ya. *(Pausa.)* ¿Y... cómo te ha hablado?

ISABEL

¿Pues cómo me va a hablar? Pues hablándome.

ALBERTO

Ya. *(Pausa.)* Curioso, ¿no? *(Pausa.)* ¿Y... qué es lo que te ha dicho?

ISABEL

“Con aguarrás”.

ALBERTO

¿Con aguarrás?

ISABEL

Sí, “con aguarrás”.

ALBERTO

¿Pero... y eso del aguarrás qué significa?

ISABEL

¿Pues qué va a significar? Que el betún de Judea se rebaja con aguarrás.

ALBERTO

¡Y ha venido desde el otro mundo solo para decirte eso?

Y D. DANIEL, al parecer cansado, se sienta en la silla que tiene más cerca.

ISABEL

Es lo que le habíamos preguntado. Además, lo mismo no ha venido solo para eso: estaría por aquí, le cogería de paso; qué sé yo.

ALBERTO

Sorprendente.

ISABEL

Pues sí.

ALBERTO

¿Y es todo lo que ha dicho? ¿No ha dicho nada más?

ISABEL

Bueno, sí, después añadió: “pero yo prefiero el aceite de trementina porque huele mejor”.

ALBERTO

¿De trementina?

ISABEL

Sí, de trementina.

ALBERTO

¿Y tenemos aceite de trementina?

ISABEL

(Poniéndose en pie.) Tenemos aguarrás, pero aceite de trementina... me temo que no.

ALBERTO

¡Vaya por Dios! Pues habrá que comprarlo.

ISABEL

Sí, claro, si huele mejor...

ALBERTO

Y que no vamos a negarle un capricho así.

ISABEL

(Apartando el carro y abriendo la vitrina.) En cualquier caso, y por muy bien que huela, mejor que sea Yuya quien le aclare la pátina arriba en el desván. *(Y coge la arqueta e inicia el mutis.)* Así que me la llevo.

ALBERTO

(Refiriéndose a los sillones situados en el proscenio.) Esos sillones son nuevos, ¿no?

ISABEL

Nuevos, nuevos... *(Se detiene y se vuelve.)* Del siglo XIX diría yo que son.

ALBERTO

Digo, nuevos aquí.

ISABEL

Acaban de traerlos. La verdad es que no paran. Menos mal que la casa parece que se expande y va dando de sí. *(Señalando los arcos recién incorporados.)*

ALBERTO

¿Tú, cuántos dormitorios has visto esta mañana?

ISABEL

No sé, no los conté. Pero habrá más de treinta.

ALBERTO

Para mí que la casa está de nuestra parte. Es más, yo es que diría que nos lo está pidiendo.

ISABEL

(Con ironía.) ¿Que hagamos un hotel?

ALBERTO

Que hagamos lo que sea, pero que hagamos algo.

ISABEL

A ti es que los negocios parece que te ponen.

ALBERTO

¿A mí? Por evitar que la coja su hijo y la haga dinero. Que fíjate tú a mí... *(Y se sienta como un señor.)*

ISABEL

¡Ah, no? Y no sabes qué hacer para meterte en “bisnes”.

ALBERTO

Porque hace falta pasta, que ser rico es muy caro.

ISABEL

Pues tú con los negocios... ya sabes lo que pasa, que es que no aciertas una.

ALBERTO

¿Y si le preguntáramos al muerto?

ISABEL

¿A la momia?

ALBERTO

No, mujer, a don Daniel. Él sabe de esto un rato, y lo mismo que ha dicho que era con aguarrás, pues podría orientarnos para invertir en Bolsa.

ISABEL

No, si por preguntar...

ALBERTO

Aunque, ahora que lo dices, la momia, si quisiera, también sería un puntazo.

ISABEL

¿La momia?

ALBERTO

Ha estado en las Bahamas, en la caja de un Banco...

ISABEL

¿Y?

ALBERTO

Que habrá visto de todo.

ISABEL

Pues lo que te faltaba, ponerte a especular. *(E inicia de nuevo el mutis.)*

ALBERTO

(Cayendo en la cuenta.) A ver, repite eso.

ISABEL

¿El qué? ¿Especular?

ALBERTO

(Poniéndose en pie de un salto.) ¡Claro, especular! Esa es la solución.

ISABEL

¡Especular?

ALBERTO

¿Seré necio? Especular. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

ISABEL

¡Pero especular, con qué? *(Señalando el entorno.)* ¿No ves que nada es nuestro?

ALBERTO

Con el usufructo. El usufructo, sí. El usufructo es nuestro. Y eso tiene un valor.

ISABEL

Bueno, mejor que nada...

ALBERTO

No sé cómo, aún no sé cómo, pero tiene que haber un modo de que pueda cotizar en bolsa. *(Y queda maquinando.)*

ISABEL

Miedo me das. *(Y sale con la arqueta.)*

D. DANIEL, que hasta este momento estaba al margen, al marcharse ISABEL, se pone en pie e, iluminándose, va hacia ALBERTO, que reacciona sobresaltado.

ALBERTO

¡¡¡Ah!!!

D. DANIEL

Espero no haberle asustado.

ALBERTO

¡Buff! *(Tratando de recuperar el resuello.)* Impresiona. Impresiona un poco. Y eso que ya contaba con que podía ocurrir. Vamos, que estaba preparado.

D. DANIEL

(Ensombreciéndose.) Pues no sabe cuánto lo lamento.

ALBERTO

No no no, por favor, no se vaya. Precisamente me interesaba verle...

D. DANIEL

(Recuperando la luz.) Ya, por la afeitadora. Sé que le molestó.

ALBERTO

Sí, bueno, no.

D. DANIEL

Y le comprendo, porque no es correcto. Ni higiénico.

ALBERTO

Olvídelo, son cosas que se dicen.

D. DANIEL

Pero se llevaron mi maquinilla del cuarto de baño, y no tengo con qué.

ALBERTO

Eso es porque pensaron que, como estaba muerto, no la necesitaba.

D. DANIEL

Pues ya ve: me crece la barba. Y mire que es raro. A uno entre cien mil, le crece la barba después de muerto. Las uñas parece ser que es más frecuente, pero la barba... Y yo que pensé: "Bueno, dentro de lo malo, por lo menos no tendré que afeitarme". Y ya ve.

ALBERTO

Yo no me preocuparía demasiado, que eso de que crece la barba es una leyenda urbana. Y no sé, de crecer, como mucho unas horas. Ahora, en cuanto te incineran, ya ni con crecepelo.

D. DANIEL

Pues no sabe el peso que me quita de encima.

ALBERTO

Ahora, que si le hace ilusión, puedo comprarle una.

D. DANIEL

No quisiera abusar.

ALBERTO

Por favor.

D. DANIEL

Pues de doble hoja, si no le importa, que apuran más.

ALBERTO

Cuenta con ello.

D. DANIEL

Gracias, muy amable. *(Mira su reloj de muñeca.)* Y bueno, le dejo, que tengo que volver a la nada. *(Y la luz que lo hace visible comienza a bajar de intensidad.)*

ALBERTO

(Reaccionando.) No, no, por favor, espere un momento.

D. DANIEL

(Recuperando la luminosidad.) ¿Sí?

ALBERTO

Vera, quería pedirle... Porque estará al corriente de la situación. Vamos, que sabe lo que pasa.

D. DANIEL

De oídas.

ALBERTO

Es que no hay forma de levantar cabeza, y como usted los negocios se ve que los domina...

D. DANIEL

¿Qué le hace pensar...?

ALBERTO

(Señalando.) No hay más que ver la casa.

D. DANIEL

Ya, pero no me atribuya el mérito. En mi caso, ser rico, es una vieja costumbre familiar.

ALBERTO

A eso me refiero. A que para usted el dinero es un pariente,

un amigo del alma, un viejo conocido.

D. DANIEL

Bueno, sí. Hay una confianza. Son muchos años ya.

ALBERTO

Por eso había pensado... No sé, quería pedirle... que me lo presentara.

D. DANIEL

¿Presentárselo? ¿Cómo?

ALBERTO

Pues no sabría decirle: una cuenta en Suiza, alguna caja oculta que tenga por ahí...

D. DANIEL

Creo que se equivoca.

ALBERTO

O una financiación, aunque sea irregular.

D. DANIEL

Estaría encantado de poder ayudarle, solo que no es posible.

ALBERTO

¿Cómo que no es posible?

D. DANIEL

Los muertos no podemos hablar de esos asuntos.

ALBERTO

Pues ahora está hablando.

D. DANIEL

Puedes relacionarte y hablar de cualquier cosa –temas intrascendentes–, ahora, de ahí a desvelar secretos...

ALBERTO

¿Y lo del aguarrás?

D. DANIEL

A eso me refiero: en todo lo que sea de droguería, o de ferretería, ningún problema. Como si quiere que le dé la hora. Hay quien nos usa como despertador.

ALBERTO

No me parece serio.

D. DANIEL

Pues hay mucha demanda y funciona muy bien. (*Confidencial.*) Es por la promoción: hay mucho descreído y tenemos que dar estos servicios para publicitar el más allá. Ahora, cuando el asunto es ya de más calado...

ALBERTO

¿No puede denunciar a su asesino –en el supuesto de que lo asesinaran– o dar las referencias de una cuenta bancaria?

D. DANIEL

Imposible. Imposible. Totalmente prohibido.

ALBERTO

Pues yo conozco casos...

D. DANIEL

¿Ah, sí? Dígame uno.

ALBERTO

Hamlet, sin ir más lejos.

D. DANIEL

Sin ir más lejos, dice.

ALBERTO

Acuérdese que el padre, el fantasma del padre –con perdón–, le cuenta que le echaron veneno en el oído y, mire, que yo sepa, pues no les pasó nada.

D. DANIEL

¡Que no les pasó nada y creo que muere hasta el apuntador?

ALBERTO

Pero que yo tampoco le estoy pidiendo eso. A mí con que me oriente para operar en Bolsa...

D. DANIEL

Que yo por mí...

ALBERTO

El usufructo mismo. ¿Usted no cree que con el usufructo se podría amasar una fortuna?

D. DANIEL

Que no es que yo no quiera...

ALBERTO

Tiene que haber un modo de conseguir dinero que no sea trabajando.

D. DANIEL

Seguro, eso seguro. Pero que yo no puedo asesorarle en eso.

ALBERTO

Lo hacemos de otro modo: yo hablo de negocios, y usted así, de pasada, va dando su opinión.

D. DANIEL

Pues anda que está la economía como para que también los muertos nos pongamos a opinar.

ALBERTO

O sea que, vamos, nada.

D. DANIEL

Lo dicho: poca cosa. Ahora, eso sí, en lo que esté en mi mano... Y que no es un decir. Por ejemplo: si perdiera las llaves —que eso suele pasar—, reza un Ave María, y yo se las encuentro sin problema.

ALBERTO

Lo tendré en cuenta.

D. DANIEL

(Dando por acabada la entrevista.) Y en fin, le dejo, que tengo que volverme al más allá.

Y aunque la luz que hace visible a D. DANIEL vuelve a desvanecerse, él sigue pendiente de lo que ocurre.

ALBERTO

(Para sí.) Había que intentarlo. *(Cambiando el tono, como si ya estuviera lejos.)* Y disculpe que no le acompañe.

ISABEL

(Según vuelve a entrar.) ¿Hablabas con alguien?

ALBERTO

Con don Daniel.

ISABEL

O sea que ha vuelto a dar señales de vida.

ALBERTO

Podría decirse así.

ISABEL

¿Y le has preguntado por lo del usufructo?

ALBERTO

Claro. Pero no suelta prenda. Se lo tienen prohibido.

ISABEL

¿Y eso?

ALBERTO

Pues ya ves. Ahora, eso sí, se ha ofrecido a buscarme las llaves.

ISABEL

Están en la bandeja.

ALBERTO

¿El qué?

ISABEL

Las llaves.

ALBERTO

Ya sé dónde están las llaves.

ISABEL

¿No decías que las habías perdido?

ALBERTO

Él era el que decía que me las buscaba.

ISABEL

Pues buena gana de ponerse a buscar lo que tienes delante.

ALBERTO

Mira, dejémoslo.

*Y todos se desentienden: D. DANIEL sentándose en su silla y ellos volviendo a sus tareas, al tiempo que se hace el **SEMIOSCURO** mientras se escucha el tema musical. Y la casa cruje.*



ESCENA V I

La casa ha vuelto a dar un estirón, ampliando la sala con dos nuevos espacios. También hay más mobiliario, cuadros y otros objetos a medio desembalar, que los MOZOS 1º y 2º han ido trayendo. Y vuelven a por más.

En torno a una caja de madera, y en medio del desorden general, ISABEL, ALBERTO y D. RUPERTO discuten sobre el contenido de unos papeles. D. DANIEL, huyendo de la quema, va hacia el fondo y se sienta en un rincón.

ALBERTO

Y no se lo discuto, pero eso se puso por si había alguna pieza viajando por ahí.

ISABEL

O en la aduana. Como la momia, que ya les vale.

ALBERTO

Eso, o en la aduana. Y no me negará que presentarse así con una momia, la cosa tiene miga.

D. RUPERTO

Lo sabían.

ALBERTO

Sí, claro, lo sabíamos, por eso la aceptamos sin poner una pega. Y bueno, ahí la tiene, en el sótano está, como una momia más de la familia.

ISABEL

Es que todo lo que trajeron hasta ahora, había sido fletado anteriormente: el clavicordio, la vajilla del Zar, las reliquias de Santa..., de Santa no sé qué...,

ALBERTO

Más de cuarenta lotes, y algunos complicados, pero como era lo acordado...

D. RUPERTO

¿Y ahora por qué no? ¿Por qué esta resistencia?

ISABEL

Pues porque no es lo mismo. Doña Aurelia, con esa cláusula, lo que quería era asegurarse de que todo lo que hubiera comprado su...

D. RUPERTO

Ah, no, no. Un momento, un momento. Lo que quisiera doña Aurelia lo sabrá doña Aurelia. Yo tengo que atenerme a lo que pone aquí. Y aquí lo que... pone...es... (*Buscando.*) Escuche, escúchenme: "A requerimiento de la propiedad, el inventario podrá modificarse con la incorporación de nuevos bienes, los cuales gozarán de las mismas garantías de conservación y custodia que el resto del patrimonio cedido en usufructo". Es lo que pone. Y punto. (*Dice al tiempo que golpea el contrato.*) Además, ¿cuál es el problema? Son piezas magnificas.

Los MOZOS 1º y 2º –siempre pendientes de lo que ocurre– entran en escena con baúles y bultos, que dejan donde pueden, y vuelven a salir.

ALBERTO

Es que no es cuestión de calidad.

D. RUPERTO

(*Algo irónico.*) ¿De cantidad, entonces?

ALBERTO

Es el concepto lo que no aceptamos. No pueden meternos **el mundo** por la puerta, por muy interesante que sea lo que nos traigan, y pretender que nos hagamos cargo de... ¿cómo es lo que pone?

D. RUPERTO

De su conservación y custodia.

ALBERTO

Pues eso.

ISABEL

(*Conciliadora.*) Mire, vamos a ver, seamos razonables. ¿Por qué estamos aquí, eh? ¿Para qué nos la cede?

ALBERTO

Pero si lo saben, cómo no lo van a saber.

ISABEL

Doña Aurelia nos dijo cuando nos la ofreció, y usted estaba delante –bueno, detrás de esa vitrina– que quería conservarla como un acto de amor.

D. RUPERTO

¡Acabáramos! Lo que pasa es que, para ustedes, estos papeles son poesía y por eso los viven de forma emocional. Un gesto que les honra. Pero para mí son contrato, y yo no puedo andarme con esas sutilezas.

ISABEL

Y para nosotros. Si es lo que queremos, cumplir con nuestra parte del contrato.

ALBERTO

¿Pero... pero cómo quiere que conservemos ni que cuidemos nada si nos descargan así, de sopetón, un camión de mudanzas? ¡Venga, hombre! Cuadros, muebles, carrozas; hasta una jirafa he visto por ahí. Que sí, gloria bendita; pero que ya me dirá la falta que nos hace.

D. RUPERTO

Aquí pone lo que pone. Y don Guillermo actúa de acuerdo a lo acordado.

ISABEL

Pero explíquese lo, usted lo sabe, sabe que D^a Aurelia...

D. RUPERTO

Es que esa no es mi función. Yo cumplo órdenes. Y si me dice que les traiga un camión de antigüedades, como si quiere que les traiga cuatro. Lo siento, es lo que hay, y si no les conviene, se rescinde; y allá que doña Aurelia se entienda con su hijo.

ALBERTO

(Rebotándose.) Vamos, ¡lentejas!

ISABEL

Pero es que eso se puso como algo puntual.

D. RUPERTO

¡Puntual? De puntual, nada. *(Esgrimiendo los papeles.)* Yo no veo “puntual” por ningún sitio.

ISABEL

Hable con doña Aurelia.

D. RUPERTO

Yo es que no tengo acceso. Don Guillermo es quien dice lo que dice su madre.

ALBERTO

Déjalo ya, ¿no ves que está muy claro?

ISABEL

Pues justamente lo que no está es claro. Porque si lo que quiere es que nos vayamos, ¿por qué nos mete en casa esta fortuna? ¿Qué pasa ahora?, ¿que de pronto le gusta que limpiemos? No, dígame, porque tendrá una lógica.

D. RUPERTO

Y la tendrá, seguro. Pero yo no interpreto, yo ejecuto. *(Señalando donde.)* Deben firmar aquí.

ALBERTO

¿Y si nos negamos?

D. RUPERTO

Sería un incumplimiento de contrato. Así que usted verá.

ALBERTO se lo piensa y, finalmente, firma, aunque de mala gana.

D. RUPERTO

Los dos. El usufructo es múltiple y mancomunado.

Entra el MOZO 1º con un cocodrilo bajo el brazo, sin saber qué hacer con él.

ISABEL

(Mientras firma.) Ahora, que lo sepa, así es imposible sacar esto adelante...

D. RUPERTO

(Guardando los papeles.) Eso ya...

ALBERTO

Déjalo, no insistas. ¿Es que no te das cuenta? Se trata de eso, de que no podamos.

MOZO 1º

(A D. RUPERTO.) Disculpe un momento. ¿Los cocodrilos dónde los ponemos?

Entra el MOZO 2º con otro cocodrilo.

ALBERTO

No te digo.

D. RUPERTO

Eso ellos le dirán.

ALBERTO

Pues ahí mismo, déjelos donde sea.

ISABEL

Mira tú la necesidad. Con lo bien que estarían en su pantano.

MOZO 1º coloca su cocodrilo bajo uno de los dos sillones que hay en el proscenio, y MOZO 2º hace lo propio tratando de guardar la simetría.

MOZO 1º

Bueno, nosotros ya hemos acabado.

D. RUPERTO

¿Lo habéis descargado todo?

MOZO 2º

Sí, ya está todo.

ISABEL

¿No pensarán dejarnos esto así?

MOZO 1º

Lo hemos ido poniendo donde mejor podíamos. Como estaban ocupados, no queríamos molestar.

MOZO 2º

Pero que se lo llevamos a donde nos digan.

ALBERTO

De momento, métenlo ahí, en la sala de esgrima, y luego ya,

con tiempo, veremos lo que hacemos.

MOZO 2º

Ahora mismo nos ponemos. *(Y se ponen a ello.)*

D. RUPERTO

Bueno, yo les dejo. Y no me los entretengan mucho, que estos cobran por horas. *(A los MOZOS.)* Y ustedes llámenme por si hubiera que dar otro porte. *(E inicia la salida.)*

ISABEL

¿Pero cómo otro porte?

D. RUPERTO

(Volviéndose antes de salir.) ¡Ah! Y que lo disfruten. *(Y hace mutis.)*

Al salir D. RUPERTO, D. DANIEL se incorpora.

ALBERTO

Pues ya sabemos qué es lo que van hacer: atiborrarnos de historia, de cultura, de ciencias naturales, de todo lo que sea incontestable. Ese es su plan: darnos más usufructo del que podamos digerir.

ISABEL

¿Tú crees?

ALBERTO

Nos van a estar metiendo riqueza por un tubo hasta que la vomitemos. Es todo tan absurdo...

ISABEL

Un despropósito, eso es lo que es.

ALBERTO

(Frente a uno de los espacios recién incorporados.) ¿Tú te crees que esto es normal?

ISABEL

O sea que lo has notado.

ALBERTO

¡Cómo no lo voy a notar? La casa crece.

ISABEL

Preferiría pensar que, con tanto pasillo y tanta puerta, somos nosotros los que lo imaginamos. (*Señalando los nuevos espacios.*) Pero esto es contundente: ayer esto no estaba. Ni aquello.

ALBERTO

Parecía una broma, pero ya empieza a ser como una pesadilla.

Los MOZOS 1º y 2º vuelven a entrar para llevarse un par de baúles. D. DANIEL, cuando ve hueco, cambia de posición para observar mejor el trasiego de bultos.

ISABEL

¿Y te conté lo de la biblioteca? Pues no una estantería, hay dos: una con legajos antiguos escritos en latín, y otra con textos griegos. ¿Tú sabes la de cosas que puede haber ahí? Es que ni en sueños lo hubiera imaginado. Y no es que no vaya a tener tiempo de leerlos, es que no voy a ser capaz ni de quitarles el polvo.

ALBERTO

En las plagas de Egipto pensaba yo el otro día. Que esto en la Biblia no desentonaba.

ISABEL

(*Bromeando.*) Lo mismo es el Faraón que tenemos embalado en el sótano.

ALBERTO

Somos unos irresponsables.

ISABEL

(Siguiendo con la broma.) Sobre todo tú.

ALBERTO

No, en serio. La casa crece, que ya nos vale, y es como si la cosa no fuera con nosotros.

ISABEL

¿Y qué quieres que hagamos?

ALBERTO

Algo, no sé, crecer con ella.

ISABEL

A mí no me importaría ser más alta.

ALBERTO

Estoy hablando en serio.

ISABEL

Toma, y yo.

ALBERTO

Pues algo habría que hacer. Sigámosles el juego. O mejor, juguemos a la contra: dejemos de limpiar.

ISABEL

¡Y que limpie Yuya! Que yo por mí...

ALBERTO

Las Yuyas que haga falta. Nosotros, a lo nuestro.

ISABEL

¡Lo nuestro?, ¿y qué es lo nuestro?

ALBERTO

Reaccionar. Plantarles cara. No dejarnos llevar por la corriente.

Los MOZOS 1º y 2º vuelven a por más bultos, justo cuando llaman a la puerta: varios timbrazos cortos que aspiran a ser reconocidos.

ISABEL

Mira, el Séptimo de Caballería.

ALBERTO

A ver qué le parece, cuando vea el panorama.

ISABEL

(Saliendo a abrir.) ¿Qué le va a parecer? Pues chévere. Muy chévere.

Puerta, saludos y entra YUYA, seguida de ISABEL.

YUYA

Camarada'.

Los MOZOS 1º y 2º saludan a YUYA y, aunque se les van los ojos, ellos siguen a lo suyo.

YUYA

(Y al reparar en el entorno.) ¡Chévere, muy chévere! E'to e' muy chévere.

ISABEL

(A ALBERTO.) ¡Eh? (Equivalente a un "te lo dije".)

MOZO 1º mueve un embalaje que, al girarse, muestra en su interior una escultura.

YUYA

Vaya, una Venus. Pero cuánto adte. Y... y... ¡Una tabla de F'ay Angélico! *(Yendo hacia el cuadro.)* Ay, tú sabe mi h'jo, cuando yo cuente e'to en la Habana, nadie me va a cree'. Voy a quitadle el podvo a una tablita de F'ay Angélico.

ISABEL

Y acaban de llevarse para adentro un Caravaggio.

YUYA

¡Otro? Ay, para, vieja, que me babeo.

ALBERTO

Está puesta, la Yuya.

YUYA

Ay, viejo, e' que yo estudié mucho, mi hijo, pa' i'me pa'l No-lte. ¡Huy! ¿Y eso? *(Por los cocodrilos.)*

ALBERTO

(Con sarcasmo.) Pues ya ves: un adorno.

YUYA

No me gusta.

ISABEL

Ni a mí.

YUYA

Con lo bie' que e'taría en su pantano.

ISABEL

Eso mismo he dicho yo.

Los MOZOS 1º y 2º, que ya sacaron la Venus y un baúl, vuelven a la carga.

ALBERTO

La gente ociosa, que no sabe qué hacer para entretenerse. Y a propósito de gente ociosa. Aunque esa sea otra gente. ¿Tú conoces a alguien que quiera trabajar?

YUYA

Que quiera', no, que ya le' gu'taría esta' ocioso'. Pero cono'co a mucho' que trabaja' po' que no les queda ma' remedio.

ALBERTO

Bueno, tú ya me entiendes.

YUYA

Sí, cómo no, tú sabe'. Hay mucho pelao por ahí, jalándose un cable, m'hijo.

ALBERTO

¿Cómo dices?

YUYA

Que le' patina el coco po' trabajá'.

ALBERTO

Ah, ya. Pues eso, que si querrían echarnos una mano.

YUYA

¿Po' amol al adte?

ISABEL

Algo les pagaríamos.

ALBERTO

Poco.

YUYA

Me pone, e' que me pone, cómo me pone el capitali'mo. (*Se lo piensa mejor y dice puño en alto, sin mucho convencimiento.*) ¡Revolució' o muedte!

D. DANIEL bosteza. Los MOZOS 1º y 2º sacan los últimos bultos. Y la escena se descompone mientras cruje la casa y se hace el SEMIOSCURO. Y de fondo, el tema musical.



ESCENA V I I

Al fondo, dos nuevos accesos comunican la sala con un salón más amplio. La casa ha crecido. En escena: ALBERTO –con abrigo, guantes y bufanda– e ISABEL –también abrigada– se calientan junto a la chimenea. Y D. DANIEL, que viste como siempre, observa, como siempre.

ISABEL

También tiene narices, ya que lo habíamos encarrilado, al primer estornudo, deserta en pleno el ejército cubano.

ALBERTO

Por el frío: que limpiar por limpiar, a cero grados, es mucho amor al arte.

ISABEL

Tampoco es para tanto.

ALBERTO

¿Ah, no? Los cuerpos caribeños necesitan calor. Más que nosotros. Y te lo dije: “pon un ratito la calefacción”. ¿O es que no te lo dije?

ISABEL

No, si encima va a resultar que es culpa mía.

ALBERTO

Yo no he dicho eso.

ISABEL

Te lo dije, te lo dije. Es que se dice muy fácil, pero a ver cómo calientas esta casa; que aquí ha crecido todo menos la caldera. Y encima con el mes de agosto que llevamos.

ALBERTO

Por el cambio climático, digo yo que será; que antes, en verano, no hacía nunca este frío.

ISABEL

Ya me gustaría a mí saber cómo se las arreglan las duquesas,
con tanto palacio. Pena me dan.

Y llaman a la puerta. Un timbrazo sin más.

ALBERTO

¿Esperamos a alguien?

ISABEL

A Yuya y a su tropa. Si vinieran.

ALBERTO

(Según va hacia la puerta.) Espéralas sentada. (Y sale.)

*Se escucha cómo abre la puerta, habla con alguien y
después la cierra.*

ALBERTO

(Según entra.) Un burofax.

ISABEL

¿De quién?

ALBERTO

De don Ruperto. *(Y comienza a leer para sí.)* Arrea. *(Y continúa leyendo.)*

ISABEL

¡Ay, di, pero qué pone!

ALBERTO

Que mañana nos traen cinco procesiones.

ISABEL

No.

ALBERTO

Como lo oyes. Cinco procesiones completas

ISABEL

¿Cómo completas?

ALBERTO

Es lo que pone aquí.

ISABEL

Pero completas... ¿Qué es eso de completas?

ALBERTO

Pues no sé, es lo que pone. Los pasos, los varales, las trompetas: que a saber qué traerán.

ISABEL

Mientras que no nos traigan también a los penitentes...

ALBERTO

Esperemos que no.

ISABEL

(Cayendo desfallecida en el sillón.) A mí esto me supera.

ALBERTO

Es que es una agresión.

ISABEL

Y tanto. Porque al principio, bueno, la cosa tenía su gracia: esas puertas dudosas, esos dormitorios que se reproducían... Ahora, esto, ya, es algo patológico.

ALBERTO

Eso, sí, patológico. Yo también lo he pensado.

ISABEL

Y es que crecer, no sé, no tendría que ser malo. Ahora, no de este modo y con esta exuberancia.

ALBERTO

Es que crece con saña. Crece... malignamente, como si fuera un cáncer.

Y ambos quedan un momento en silencio.

ISABEL

A veces sueño con un apartamento.

ALBERTO

(Sentándose también.) Pequeñito, ¿verdad?

ISABEL

Y vacío. Bueno, a medio amueblar.

ALBERTO

Habría que decrecer. O, al menos, no crecer de esta manera.

ISABEL

¡El equilibrio! Que tampoco es tanto pedir.

ALBERTO

Ahora, si nos paramos nos arrollan. Es queriendo crecer a su nivel y mira cómo estamos.

ISABEL

Pues vaya expectativa.

ALBERTO

(Se detiene un momento y reacciona al instante.) A ver, repite eso.

ISABEL

¿Expectativa?

D. DANIEL, visiblemente interesado, se pondrá en pie y seguirá atento la conversación, aunque a cierta distancia.

ALBERTO

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Esa, esa es la clave.

ISABEL

¿La clave?

ALBERTO

Nuestra baza bursátil, el valor mercantil que andábamos buscando. ¿Es que no te das cuenta?

ISABEL

(Perpleja.) Pues no.

ALBERTO

Ese es el potencial que encierra el usufructo. *(Enardecido.)* Verás, no tenemos la propiedad, de acuerdo, pero tenemos la posesión, y eso, quieras que no, genera expectativas.

ISABEL

¿La de pasarte el día limpiando? Pues vaya expectativa.

ALBERTO

No, no pienses a partir de lo que sabes tú, piensa a partir de

lo que saben ellos.

ISABEL

¿Ellos? ¿Ellos, quiénes?

ALBERTO

Los inversores, los corredores, los agentes de bolsa... Hacía falta un motivo para salir a Bolsa, o mejor, un concepto, un valor subyacente, y ahora lo tenemos.

ISABEL

Más despacio, que me mareo. Salir a Bolsa, ¿a qué?

ALBERTO

A vender las acciones. Tú déjame y verás. ¡Expectativas! Si es que es genial. En cuanto las pongamos a la venta, es que nos las quitan de las manos.

ISABEL

Tranquilo, no te rayes. Y dime, de verdad: ¡qué expectativas?

ALBERTO

Atiéndeme un momento: Doña Aurelia nos cede en usufructo una casa creciente llena de lo mejor. Somos conservadores y garantes de la historia, del arte, de lo que fue su mundo. Y su hijo, el hijo de la City, sigue apostando por nuestro futuro. Mañana mismo, y ahí tienes la prueba, nos van a hacer entrega de cinco procesiones. Religión y tipismo, la esencia de la patria.

ISABEL

Pero ya sabes por qué.

ALBERTO

Sí, para derrotarnos. Pero eso lo sabemos nosotros y, por supuesto, él; pero, ¿lo saben los mercados? Si lo sabemos contar, podemos vender la expectativa de ser los testaferros de doña Aurelia y, lo que es más importante, los socios potenciales de los hijos de la gran City.

ISABEL

Y aunque eso fuera así, y fuéramos capaces de aparentar cierta expectativa, ya me dirás tú a mí dónde se vende eso.

ALBERTO

En el Mercado de Futuros.

Y D. DANIEL se marcha de la sala.

ISABEL

¿Pero tú te crees que va haber alguien tan incauto como para comprarnos el futuro? Alberto, por favor, contente un poco, que esto es más fuerte que invertir en sellos.

ALBERTO

Incautos no, pero sí atiborrados de capital cesante. Desde que se inventó el dinero electrónico, hay tanto circulante que no saben qué hacer para aparcarlo. Por eso se inventó negociar con futuros, para que todos tengan valores que comprar. Mira, en este momento se están vendiendo cereales que aún no se ha sembrado en países que todavía no existen; conque figúrate cuando ofertemos las expectativas de una casa repleta de riquezas, que es que te sientas y la ves crecer.

ISABEL

Sí, pero que no es nuestra.

ALBERTO

¿Y qué? Tampoco el cereal imaginario tiene un dueño concreto. ¿O en qué te crees tú que consiste la especulación? Porque tiene mala prensa y no sería políticamente correcto decir una cosa así, pero especular con futuros es otro modo de vivir la poesía.

ISABEL

Cuando te pones estupendo...

ALBERTO

A ver si no: realidad intangible y carga emocional. Con el oro el mercado era tan concreto que te atrofiaba la imaginación. Y los billetes... ¿qué son los billetes sino realismo sucio? Pero el dinero electrónico es un valor ficcional, y eso te permite soñar.

ISABEL

Porque no te oyes, pero es de locos lo que estás diciendo.

ALBERTO

Vale, vale, de acuerdo. Ahora, bromas aparte, vender expectativas puede ser la solución.

ISABEL

Que no te digo que no, pero a ver qué pintamos nosotros en

semejante enredo.

ALBERTO

Enredados ya estamos. Que te quieras salir es otra cosa.

ISABEL

Que no, que no es eso.

ALBERTO

Yo lo intentaría. Además, ¿qué podemos perder?

ISABEL

(Entre bromas y veras.) La salud. Que es lo único que nos queda.

Llaman a la puerta: varios timbrazos cortos fácilmente reconocibles.

ISABEL

¡Yuya?

ALBERTO

Pues ya ves.

ISABEL

(Yendo a abrirle.) Lo mismo es que se dejó algo. *(Y sale.)*

Y D. DANIEL reaparece de nuevo, siempre atento a lo que pueda ocurrir.

YUYA

(Que entra abrigada con todo.) Ay, viejo', ustedé' no sabe' lo que yo l'extrañaba.

ALBERTO

También aquí te echábamos de menos.

YUYA

Y yo es que pensé: con lo grande que es esto, quién va a quitarle el podvo.

ISABEL

Bueno, nos vamos apañando.

YUYA

Así que me dije: ¿qué hago yo aquí, pendeja y relajada? Ya, y me vine pa' 'ca.

ALBERTO

¿Y las compañeras?

YUYA

Toíta' co'tipá'. *(Y al ver el nuevo espacio, se dirige hacia el fondo.)*

ISABEL

Es que los veranos ya no son lo que eran.

YUYA

¡Ay, qué chévere! Han traído má' cuadro'.

ALBERTO

No, nada, poca cosa. Aunque mañana sí, mañana nos traen media Semana Santa.

YUYA

Ay, viejo, ¿cómo e' eso?

ISABEL

Pues cinco procesiones con sus santos, sus cirios y lo que se les pete.

YUYA

E' que tiene' de todo, y de lo má' bonito. ¿Y tú ya sabe dónde lo va' a coloca'? Tendrá' que repadtirlo po' to'a la casa, po'que aquí e' que no cabe.

ALBERTO

Pues en eso es en lo que estábamos. Que no sabemos dónde las vamos a meter. *(Y remueve las ascuas de la chimenea con el atizador.)*

YUYA

Yo si quiere' me quedo y le' echo una mano.

ISABEL

Pues nos vendría muy bien. Al menos de momento. A ver si acabamos de levantar cabeza. Aunque, según Alberto, pronto habrá novedades.

ALBERTO

No le adelantes nada. Que sea una sorpresa.

YUYA

¡Ah, carajo! ¿E' que va' a arreglar la caldera?

ALBERTO

Todo se andará. ¿Pero podrás venir? ¿Podrás seguir viniendo?

YUYA

Yo, si la tiritera no se me pone brava... (A ISABEL.) Po'que ya ustedes saben, mi amol, que yo le' tengo ley.

ISABEL

Pues si no te importa, mientras nosotros vemos dónde le hacemos sitio a tanto santo, sigue tú con el gabinete, que lo hemos dejado a medias. Pero no te compliques, dale un pasavolante.

YUYA

Me regalo un momentico, aquí, con la candela, y horita mismo me pongo.

ALBERTO

Pues ahora venimos.

ALBERTO e ISABEL salen hacia el fondo. D. DANIEL se aproxima.

YUYA

(Se cerciora de que está sola, saca el móvil y hace una llamada.) ¿Don Ruperto? (...) Sí, soy yo. (...) No, e'toy sola. (...) Pue' claro que e'toy yo sola. (...) Un frío de muedte es lo que hace aquí. (...) Han ido a ve' dónde pone' los santo'. (...) Sí, jefe. Po' to'a la casa, como u'te quería. (...) Sí, jefe, muy atenta. (...) Bueno, pue' cambio y codto. (...) ¿Cómo que no se dice así? Yo lo he vi'to en el cine. (...) Sí, en las películas. (...) Pue' sí, cambio y codto. (...) Po'que u'te lo diga. (...) Vale, pue' ha'ta luego. *(Cierra el móvil, contrariada.)* Comemienda e'te. *(Y sigue mascullando.)*

La casa cruje y crece, durante el SEMIOSCURO, con el tema musical de fondo.



ESCENA VIII

En el centro del salón –que se nos muestra cada vez más amplio– vemos un paso de Semana Santa (CRISTO y los dos ladrones) y, dispersos entre los muebles: algunos escudos y corazas de soldado romano, así como otros elementos de atrezzo penitencial. Y al fondo, a izquierda y a derecha, una jirafa y un elefante disecados.

Sentadas en los sofás, D^a AURELIA –iluminada desde el más allá– e ISABEL –ya sin abrigo– conversan amigablemente.

D^a AURELIA

Lo pensé. Claro que pensé en volver, pero es que el Norte tiene ese poderío.

ISABEL

Pues no sabe lo que la hemos echado de menos.

D^a AURELIA

Ya, ya me contó mi marido.

ISABEL

¿Es que ha hablado con él?

D^a AURELIA

Anoche.

ISABEL

Ah, no sabía que estuviera aquí desde ayer.

D^a AURELIA

Sí, fue morirme y enseguida me vine para acá.

ISABEL

¿Y cómo fue que tomó esa decisión?

D^a AURELIA

¿A ver qué iba a hacer allí, si ya no sentía el reuma?

ISABEL

Digo, lo de morirse. ¿Que cómo es que le dio por ahí?

D^a AURELIA

El verano, que ha sido muy frío. Y que ya no está una para

estos cambios. De haberme cogido más joven..., pero, a mi edad, cambios climáticos, cuantos menos mejor.

ISABEL

Pues aquí, sin calefacción, lo hemos pasado fatal. Que es que había crecido todo menos la caldera. Así que, en cuanto nos lo pudimos permitir, compramos un nueva.

D^a AURELIA

A mí esas cosas, ya, no crea que me preocupan. Antes sí: pues menudas peloterías no habré tenido yo con los termómetros. Pero una vez que te mueres, qué quiere que le diga, ni frío ni calor.

ISABEL

Qué envidia, porque dicen que viene un invierno que es que nos vamos a asfixiar.

D^a AURELIA

(Mirando el salón.) Lo tienen todo muy bien conservado. Les felicito.

ISABEL

Nos gusta cuidarla.

D^a AURELIA

Fue verles y me dije: estos van a ser unos conservadores estupendos.

ISABEL

Y eso que es la primera vez que somos ricos. O, bueno, como si lo fuéramos; que esto de la riqueza se ve que es contagioso.

D^a AURELIA

En el fondo, todo el mundo lleva dentro un conservador, aunque no se le note mientras no tenga algo que conservar. Mi marido siempre lo decía: la ropa usada, dádsela a los pobres, para que ellos la conserven. *(Refiriéndose al trono de Semana Santa.)* Y, por cierto, el calvario les queda muy bien ahí.

ISABEL

Su hijo, que nos abrumba con tanta adquisición.

D^a AURELIA

Ya me dijo mi marido: ¡cinco procesiones! Este Guillermito...

ISABEL

Sí, mucho santo, y con tanto trono. Aunque bueno, después de todo, no han quedado mal. Lo peor ha sido el Ecce Homo, que tuvimos que ponerlo en el cuarto de baño. Y a mí me da mucho corte.

D^a AURELIA

Es que este hijo mío tiene un carácter tan excesivo. A saber de quién lo habrá heredado. Desde luego, no de mi familia, que en mi familia somos todos castellanos. De la City tal vez, aunque me extrañaría, que los anglosajones suelen ser muy ingleses. Ahora, lo que está claro es que es exuberante.

ISABEL

Y de qué modo. Al principio es que no dábamos abasto. Menos mal que ahora, como las cosas nos van mucho mejor, pues vienen de una empresa a echarnos una mano.

Ruidos de puerta y llaves. Y ALBERTO –trajeado como D. GUILLERMO y con maletín de ejecutivo– entra eufórico en escena, si bien se contiene al advertir la presencia de D^a AURELIA.

ISABEL

(A ALBERTO.) Mira quién ha venido.

ALBERTO

Vaya, D^a Aurelia, no sabe lo que me alegro.

D^a AURELIA

Joven, le veo muy bien.

ALBERTO

Los negocios que, cuando funcionan, son muy nutritivos.

D^a AURELIA

Es lo que me estaba contando Isabel: que les van muy bien las cosas.

ALBERTO

Ahora, porque, al principio, bien que nos costaba llegar a fin de mes.

ISABEL

Y eso que eran dos buenos sueldos; pero claro, sueldos de

apartamento.

ALBERTO

Fue muy duro, que, entre la oficina y la limpieza, no nos quedaba tiempo ni para especular.

ISABEL

Vamos, como que tuvimos que pedir la excedencia. *(A ALBERTO, haciéndole sitio.)* Ven, siéntate.

Y ALBERTO se sienta junto a ISABEL.

D^a AURELIA

Vaya, pues no sabe cuánto lo lamento.

ISABEL

Ahora, ha sido salir a Bolsa y es que nos las quitan de las manos. Pero que se lo cuente él...

D^a AURELIA

Ay, no, por favor, a mí las historias de dinero no saben lo que me aburren. Yo, con ir de compras... Lo de ganar dinero... eso es cosa de hombres. Y que no digo yo que una mujer no pueda llegar ser tan necia como lo pueda ser un hombre. *(Y mirando a ALBERTO, le sonrío.)* Con perdón. Pero que no nos ha dado por ahí.

ALBERTO

(Algo picado, aunque sin perder la compostura.) Claro, con ir de compras ya tienen suficiente.

D^a AURELIA

Digamos que cada cual lleva su cruz como mejor puede. *(Y poniéndose en pie.)* Y a propósito de cruces, ya he visto que han ampliado el pabellón hacia el oeste. Claro, con tanto santo...

ISABEL

(Bromea, puesta en pie.) Eso es cosa de Alberto, que se me está volviendo también exuberante.

ALBERTO

(Poniéndose también en pie.) La casa, aunque se expande de forma natural, se nos estaba quedando pequeña. Y que, ahora que podemos, también nosotros estamos por crecer.

D^a AURELIA

Pues si me disculpan, voy a darme una vuelta para ver las novedades. *(Y conforme se aleja, va perdiendo la luz que la hacía visible.)*

ALBERTO

(Espera a que salga y explota, por lo bajo, con un grito de júbilo casi inaudible.) ¡Sí señor!

ISABEL

Está muerta. Lo sabes.

ALBERTO

Anoche la vi entrar por el tabique. Igualito que en el Tenorio. Así que no había duda, estaba muerta.

ISABEL

¿Y ese entusiasmo, entonces? ¿Qué pasa, es que heredamos?

ALBERTO

No. Ha hecho testamento a favor de su hijo.

ISABEL

Pues ya me explicarás.

ALBERTO

La ruina: pensé. Cuando se sepa que doña Aurelia ha muerto, se descubre el pastel y adiós “expectativas”.

ISABEL

O sea que se acabó.

ALBERTO

Eso creía. Hasta que un pajarito que tenemos en nómina me hizo una llamada.

ISABEL

¿Un pajarito?

ALBERTO

Un confidente. Un empleado de la notaría.

ISABEL

¡Tenemos confidentes? ¡A eso hemos llegado?

ALBERTO

Si juegas a su juego, hay que jugar con sus mismas cartas.
(*Recuperando el hilo.*) Pues eso, que me llama y que me cuenta que ha visto el testamento.

ISABEL

¿Y?

ALBERTO

Nos ha prorrogado el usufructo por treinta años más. Me faltó tiempo para dar la orden de que compraran todo el papel que hubiera en el mercado.

ISABEL

¡Nuestras falsas expectativas? ¡Has comprado...? No entiendo nada.

ALBERTO

Y espera, porque hay más. Quien vendía era el hijo. Las estaba vendiendo sin tenerlas.

ISABEL

¿Cómo es eso?

ALBERTO

Pensó que bajarían. Él no debía saber lo de la prórroga. Y por eso vendía.

ISABEL

Pero, ¿sin tenerlas?

ALBERTO

A eso se le llama operar en corto. Cuando crees que un valor se va a venir abajo, lo vendes caro antes de tenerlo y luego lo compras a precio de saldo.

ISABEL

¿Y eso no es una estafa?

ALBERTO

Legalmente no. Aunque huele que apesta a buitre carroñero.

ISABEL

Pues qué bien.

ALBERTO

Es como se suele operar para sacarle el jugo a la ruina de los

demás. Que estos, como en la matanza, lo aprovechan todo. Solo que aquí les ha salido rana. En cuanto se sepa que nos queda usufructo para otros treinta años, nuestras expectativas suben como la espuma.

ISABEL

¿Entonces?

ALBERTO

Pues eso. Que lo hemos jodido bien jodido. Porque ahora tendrá que comprarlas a precio de mercado. Y van a estar por las nubes. Eso te lo puedo asegurar.

ISABEL

Que me aspen si lo entiendo. *(Y sentándose, se desentiende.)*

ALBERTO

(Dispuesto a explicárselo.) Verás...

ISABEL

Y maldita la gana que tengo de entenderlo.

ALBERTO

Pues tranquila, que sé lo que me hago.

ISABEL

Eso ya me preocupa más.

ALBERTO

Claro, que si llegara a saberse que tenía información privilegiada, podrían anular la operación. Aunque a ver quién es el guapo que demuestra que anoche vi a doña Aurelia entrar por el tabique.

ISABEL

¡Qué movida!

ALBERTO

Sí, porque, en estas jugadas, el dinero se pone nervioso, y es muy difícil tenerlo sujeto.

ISABEL

Vamos, que estarás muerto.

ALBERTO

(Bromeando.) No tanto como ella. *(Recreándose, y desmerezándose.)* Y bueno, esta mañana, ya con todo resuelto, pensé: “voy a hacerle un regalo”.

ISABEL

¿A mí?

ALBERTO

Sí, claro. Y me fui a la subasta.

ISABEL

Ay, qué bien, qué detalle, ¿y qué es lo que has comprado?

ALBERTO

Caballos.

ISABEL

¿Caballos?

ALBERTO

Es lo que subastaban.

ISABEL

¿Caballos... en plural? No sé, concreta un poco: ¿Dos?, ¿tres?, ¿cinco? Di cuántos.

ALBERTO

Trescientos.

ISABEL

¡Trescientos? *(De nuevo en pie.)* ¿No son demasiados?

ALBERTO

Con sus jinetes, claro. Compré el lote completo.

ISABEL

¿Me estoy perdiendo algo? Porque es que no me entero.

ALBERTO

Guerreros de Xi'an. Un batallón de caballería, es lo que te he comprado.

ISABEL

(Que no da crédito.) ¡Trescientos chinos, todos iguales, tamaño natural?

ALBERTO

De iguales nada, que me han asegurado que son todos distintos; hechos de terracota, uno a uno.

ISABEL

Alberto, por favor, que ves los chinos vivos y es que los ves iguales. ¿Los vas a distinguir por mucho que te digan que son de terracota?

ALBERTO

Si no te gustan, podemos devolverlos. O los podemos subastar de nuevo. (*Yendo hacia el jardín.*) Aunque yo los pondría en el jardín, en lugar de los perros.

ISABEL

Si es igual, qué más da.

ALBERTO

Entre unos perros, que hasta mueven el rabo cuando vienen visitas, o tener un ejército, aunque sean de barro, yo creo que no es igual, que el rollo militar siempre impone respeto. Y a propósito de milicias, deberíamos pensar en la defensa, porque habrá contraataque.

ISABEL

¿Tú crees?

ALBERTO

Gracia no les va a hacer. Y estos no son de los que se amilanan.

Suena un teléfono.

ALBERTO

¿Qué te he dicho? Ni que nos estuvieran escuchando. (*Al móvil.*) ¿Sí? (...) Ah, ¿qué tal? (...) No. (...) No. (...) No me diga. (...) Y, ¿cuándo dice que ha sido?

ISABEL

(Gesto de preguntar "¿Quién?".)

ALBERTO

(Tapando el auricular.) D. Ruperto, ¿quién va a ser? (*Al teléfono.*) No, nada, ¿cómo lo íbamos a saber? Primera noticia. (...) Me deja... que no sé qué decir. (...) Y su hijo, ¿estaba con ella? (...) O sea, ¿que fue mientras dormía? (...) Cuando hable

con él, transmítale nuestras condolencias. (...) No, no se preocupe, eso ahora es lo de menos. (...) Sí, es de suponer que lo dejaría todo arreglado; aunque eso ahora... (...) Claro, en su momento. Eso ya lo veremos en su momento. (...) Y el sepelio ¿se sabe ya dónde va a ser? (...) Sí, por favor, ténganos informados. (...) Y gracias por llamar. (...) Adiós, adiós. (*Y cierra el teléfono.*)

ISABEL

¿Y?

ALBERTO

Lo saben. No sé qué es lo que saben, pero lo saben.

ISABEL

Pero que saben, ¿qué?

ALBERTO

Pues eso. Que a saber lo que saben; que si nosotros tenemos pajaritos, estos tienen así (*gesticulando con la mano*) de pajaracos. Lo que está claro, es que no lo han sabido hasta esta mañana, cuando vieron que no se levantaba. Y entre lo que tardaran en decírselo, y lo que tardaran en saber lo que ponía en el testamento, cuando quisieron acordar, ya habían cerrado la venta. Por eso les ganamos la partida.

ISABEL

¿Y tú crees que sabrán que lo sabíamos?

ALBERTO

Pues mira, no lo sé. Ahora, lo que sí saben, es que los tenemos cogidos por los huevos.

ISABEL

Si no te importa, mejor por otra parte, que coger a D. Ruperto por los huevos debe ser repugnante.

*Crujidos profundos, bajo el suelo, durante el **SEMIOS-CURO**, con acompañamiento musical.*



ESCENA I X

Dos guerreros de terracota escoltan el trono. ALBERTO, sin chaqueta y sentado en el sofá, ojea la prensa económica.

ISABEL

(Entra muy alterada, respira hondo, recupera fuelle y...)

¿Desde cuándo no bajas al sótano?

ALBERTO

No sé. Desde hace meses.

ISABEL

Pues ha vuelto a las andadas.

ALBERTO

¿A las andadas?, ¿quién?

ISABEL

La casa, quién va ser.

ALBERTO

¿Pero qué pasa? ¿Es que pasa algo?

ISABEL

Y ni una más. Lo siento, yo lo dejo.

ALBERTO

Pero di, ¿qué ha pasado?

ISABEL

Que hay una puerta nueva.

ALBERTO

Mujer, pero eso aquí es normal. O dime tú qué día no se inaugura puerta en esta casa.

ISABEL

Últimamente no.

ALBERTO

Eso es verdad, desde las procesiones, que fue traer los Santos y se obró el milagro. Para mí que cambiaron de estrategia. ¿Y dónde ha sido? ¿Dónde está esa puerta?

ISABEL

En el sótano, al fondo, al lado de la momia. Bueno, detrás: la tapa el embalaje.

ALBERTO

Lo mismo estaba ya y no nos dimos cuenta.

ISABEL

Puede, no sé, quizás, aunque no creo. En cualquier caso, esto es inadmisibile.

ALBERTO

¿Que haya una puerta nueva? Lo siento, no te entiendo.

ISABEL

¿Ah, no? Pues baja y mira; y verás lo que hay dentro.

ALBERTO

¡Pero, qué es lo que hay?

ISABEL

Armas.

ALBERTO

¿Armas? Pero armas, ¿cómo? ¿Armas de qué tipo?

ISABEL

Armas de guerra. ¿Qué armas van a ser?

ALBERTO

Digo que si son lanzas, o espadas, o arcabuces. ¿Que si son armas-armas o piezas de museo?

ISABEL

De las que salen en los telediarios.

ALBERTO

Pues sí que es mosqueante.

ISABEL

(Tanteándolo.) Porque tú no habrás sido.

ALBERTO

¿Yooo?

ISABEL

Como ahora eres tú el que lo compra todo.

ALBERTO

Mujer, cuatro cosillas; pero una cosa así me habría dado cuenta.

ISABEL

¿Cuatro cosillas? Y eres peor que ellos.

ALBERTO

Al dinero electrónico le pasa lo que al alma, que necesita un cuerpo, por eso hay que comprar... lo que se ponga a tiro. De ahí, a comprar armas...

ISABEL

Pues está hasta arriba: metralletas, pistolas, lanzallamas... Vamos, un arsenal. (*Reaccionando.*) Y bueno, que me voy. (*Y va a salir, aunque se detiene.*) ¿Te hago tu maleta?

ALBERTO

¿Lo estás diciendo en serio?

ISABEL

Tú es que no te imaginas lo que hay ahí abajo.

ALBERTO

Pues será como todo: abundante, excesivo, desproporcionado.

ISABEL

Solo que no son sillas ni cuadros ni esculturas. ¡Armas! ¿Me estás oyendo? Lo que hay son armas.

ALBERTO

Tampoco desbarremos. Aquí hemos encontrado las cosas más absurdas.

ISABEL

Absurdas sí. Pero que no mataban.

ALBERTO

Yo mismo reconozco haber comprado alguna. De ahí a que

de pronto aparezcan armas, pues sí, es preocupante... Pero tampoco significa nada.

ISABEL

Que estamos viviendo encima de un polvorín, eso es lo que significa.

ALBERTO

Isabel, por favor, no te montes películas.

ISABEL

No es una película. No me gustan las películas. Y menos las de guerra.

ALBERTO

Que sí, vale, de acuerdo: que maldita la gracia. Aun así, convendría...

ISABEL

(Reaccionando.) Ay, mira, yo me voy.

ALBERTO

Pero, ¿a dónde?

ISABEL

A donde sea. Yo me marcho de aquí, pero pitando.

ALBERTO

Escúchame un momento.

ISABEL

Te escucho lo que quieras, pero fuera de aquí. *(Y sale.)*

ALBERTO

(Yendo tras ella.) Isabel, por favor. Ven que te diga.

D. DANIEL –iluminado– saliéndole al encuentro, le intercepta el paso.

D. DANIEL

Deje, dele su tiempo.

ALBERTO

Es que quería decirle... Debería saber...

D. DANIEL

Sí, claro, y lo sabrá, pero mejor más tarde; cuando se haya repuesto.

ALBERTO

Es que... Bueno, verás; y ya sé que es un disparate, pero es que, según me lo contaba, llegué a pensar incluso si no habría sido yo quien las había comprado.

D. DANIEL

Suele pasar.

ALBERTO

Y sé que no. Vamos, que estoy seguro. Aunque no del todo.

D. DANIEL

Te pones a comprar, por distraerte, y a saber lo que compras.

ALBERTO

Pero vamos, que no. Al menos no de una forma consciente. Y a mí comprar me gusta. Me hace sentirme bien. Lo reconozco. Aunque también le digo que hay veces que me cansa.

D. DANIEL

Todo acaba cansando. Por eso fundé yo los comedores: no cuestan mucho y estás entretenido. ¿Y poner un ropero? ¿Por qué no le sugiere que organice un ropero? Los roperos también dan mucho juego.

ALBERTO

(Rompiendo a reír.) ¿Isabel, un ropero? No sé, no la veo.

D. DANIEL

Deje que pruebe.

ALBERTO

Sé lo que piensa de la caridad. Prefiere la justicia.

D. DANIEL

Porque no la ha probado. La caridad engancha. Te sientes bueno, y eso tampoco es malo.

ALBERTO

Todo eso está muy bien, y no se lo discuto, pero tenemos armas. Abajo. Ella las vio. Tenemos por lo visto un arsenal. Y ese es el problema.

D. DANIEL

Yo diría mejor una inversión. Y la defensa de otras inversiones. Hay que defender la propiedad.

ALBERTO

¡Somos pacifistas!

D. DANIEL

¿Y quién no? **Todos** somos pacifistas: unos más, otros menos, pero **todos** somos pacifistas.

Vuelve ISABEL, con la actitud cambiada, dispuesta a todo, resuelta, decidida. Y según la escucha, D. DANIEL se ensombrece y se aparta.

ISABEL

Lo he pensado mejor. Vamos abajo.

ALBERTO

¿Abajo, a qué?

ISABEL

A destruirlo todo, a no dejar ni una.

ALBERTO

Podrían explotar.

ISABEL

Aunque salte la casa por los aires.

ALBERTO

Habrá un término medio. *(A D. DANIEL.)* ¿Ve lo que le decía? ¿Se la imagina al frente de un ropero? *(Y al ver que D. DANIEL se ha ensombrecido...)* Vaya, no está. Parece que se ha ido.

ISABEL

¿Quién?

ALBERTO

Don Daniel.

ISABEL

Mejor así. Por si explota la casa. Aunque en su caso, como ya está muerto... *(Poniéndose en marcha.)* Así que vamos.

ALBERTO

Deja un momento, espera que te explique.

ISABEL

Pero explicarme, ¿qué?

ALBERTO

Puede que fuera yo. Aunque no estoy seguro.

ISABEL

¿Que fueras qué?

ALBERTO

El que compró las armas.

ISABEL

¡Tú?

ALBERTO

Que no es que esté seguro. Pero pudiera ser.

ISABEL

Pues ya te vale.

ALBERTO

Es que una vez que entras en el juego... Ahora, que, si lo hice, sería sin darme cuenta.

ISABEL

Es lo que pasa por vivir como ellos, que “sin darte cuenta” acabas como ellos.

ALBERTO

Eso: que es que además de cosas (*señalando el entorno*), nos meten sus ideas. Por eso digo siempre que hay que pensarlo todo.

ISABEL

No, si tú por pensar... Aunque eso ahora da igual. Destruirlas, hay que destruirlas, ¿no? ¿Porque estarás de acuerdo?

ALBERTO

Sí, claro, por supuesto.

ISABEL

(*Poniéndose en marcha.*) Pues bien, vamos allá.

ALBERTO

¿A dónde?

ISABEL

¡A destruir las armas!

Suena el timbre, al tiempo que golpean la puerta insistentemente.

VOCES

(Gritando.) Policía. Abran. Abran la puerta. Policía.

ALBERTO

¿Qué hacemos?

ISABEL

Pues abrir.

VOCES

Abran la puerta inmediatamente.

*Y según van hacia la puerta, se hace el **SEMIOSCURO**, con acompañamiento del tema musical.*



ESCENA X

Ruido de llaves, portazo, e ISABEL, seguida de ALBERTO, entra en el salón —ambos, con sendas bolsas de viaje— e inquietos, desasosegados, deambulan de un lado para otro.

ISABEL

No es que actúen como mafiosos, es que lo son: son unos mafiosos.

ALBERTO

Y el funcionario, ¿has visto el funcionario cómo nos miraba?
(Tira la gabardina al sofá.)

ISABEL

(Suelta el maletín en una silla.) El muy cabrón. Es como si dijera: “con dinero, qué **fácil** es salir de la cárcel”.

ALBERTO

(Deja el maletín.) Lo malo, encima, es que tiene razón: tres millones por cada nos costó la fianza.

ISABEL

Menuda encerrona. Es que ni en las películas.

ALBERTO

Y a ver cómo escapamos, porque tiene que haber una salida; aunque no creo que sea nuestro abogado el listo que la encuentre.

ISABEL

Yo es que llegué a pensar que estaba de su parte.

ALBERTO

Pues no me extrañaría.

ISABEL

Muy fuerte, tío, muy fuerte. Nos la han jugado bien.

ALBERTO

Y si no espabilamos, es que acaban con nosotros.

ISABEL

(Deteniéndose.) ¿Porque tú estás seguro de que no has sido tú?

ALBERTO

Isabel, por favor.

ISABEL

¿En serio? ¿De verdad? *(Y exigiendo su atención.)* ¡Y escúchame un momento!

Y ALBERTO se detiene.

ISABEL

¿Tú estás seguro de que no has sido tú quien la ha comprado?

ALBERTO

Que ya te he dicho que no. Es lo que nos faltaba, que tuviéramos dudas también entre nosotros.

ISABEL

Digo yo, sin saber.

ALBERTO

Es una cantidad que no la inviertes, así, sin darte cuenta.

ISABEL

Pues con las armas no estabas muy seguro.

ALBERTO

Nada que ver. Que no. Vamos, que no.

Y ambos vuelven de nuevo a deambular, aunque más apaciguados.

ISABEL

Y fíjate que yo, cuando llegaron, pensé que eran las armas lo que andaban buscando.

ALBERTO

Pues ya ves, son legales, las armas son legales. Un arsenal mil veces más mortífero pero, mira por dónde, las armas son legales.

ISABEL

Es que es muy mosqueante, porque llegaron en el momento

justo.

ALBERTO

Y anda que lo dudaron: derechitos al bulto.

ISABEL

Alguien debió avisarles.

ALBERTO

Alguien, sí, pero ¿quién?

ISABEL

Vamos, que tardan un minuto más y nos da tiempo a destruirlo todo.

ALBERTO

¿Tú habías visto esa puerta?

ISABEL

Nunca. Claro, que últimamente apenas si bajaba.

ALBERTO

Tampoco yo. Y es que hay que estar encima. Porque aunque Yuya lo haga a las mil maravillas..., pero que no es lo mismo.

Del interior llega D^a AURELIA, seguida de D. DANIEL, ambos iluminándose.

D^a AURELIA

(Distante y fría.) O sea, que han vuelto.

ISABEL

(Desafiante.) Pues sí.

D^a AURELIA

Han tenido el descaro de volver, después de lo ocurrido.

ALBERTO

¿Y por qué no?

ISABEL

Tenemos la conciencia bien tranquila.

D^a AURELIA

Siento decirles que me han decepcionado.

ALBERTO

¿Pero no ve que ha sido una trampa?

D^a AURELIA

¿Una trampa? ¿Qué trampa? Y una trampa, ¿de quién?

ALBERTO

Pues de su hijo. ¿De quién si no?

D^a AURELIA

(Perdiendo la compostura.) Ah no no no, eso sí que no. Una cosa es que sea financiero, que no se lo discuto, y otra que invierta en... semejante cosa.

ISABEL

No es una inversión, es un delito.

D. DANIEL

Eso depende del código penal, de la jurisprudencia, y de a quién se le aplique.

D^a AURELIA

(A D. DANIEL.) Tú a lo tuyo, ¿entendido? Mi hijo es cosa mía
(A ALBERTO e ISABEL.) Me siento traicionada. Yo confié en ustedes, y ustedes han traído la ignominia a esta casa.

ALBERTO

Pues para que lo sepa: las cinco toneladas de ignominia que la brigada de estupefacientes encontró en el sótano son cosa de su hijo.

D^a AURELIA

¿Pero qué se ha creído? Usted no es quién para hablar de mi hijo. De mi hijo hablo yo, que soy su madre. Y ya está bien de tantas confianzas, les exijo un respeto. *(Más para sí.)* Vamos, lo que faltaba. *(Reaccionando airada.)* Y bueno, se acabó. Fuera de aquí. Salgan de esta casa.

ISABEL

Nos la tiene cedida en usufructo.

D^a AURELIA

Rescindiré el contrato.

D. DANIEL

Que yo sepa, los usufructos no se pueden revocar. En cualquier caso, me temo que, en tu estado, te iba a ser imposible firmar en el notario.

D^a AURELIA

¡Pero tú con quién vas?

D. DANIEL

Contigo, por supuesto. Solo que más calmado. Tratemos de calmarnos.

ALBERTO

(Más calmado. A D. DANIEL.) Sí, eso, de acuerdo, tratemos de calmarnos. *(A D^a AURELIA.)* Y tiene usted razón. Que sí, que habrán traído la “ignominia” a esta casa, pero no nosotros. Y está muy claro, para mí está muy claro: ¿quién se beneficia con todo esto?

D^a AURELIA

Ustedes, por supuesto.

ISABEL

No, su hijo. Quiere echarnos de aquí. Es lo que usted temía, ¿o no es lo que temía?

ALBERTO

Lo intentó con las ampliaciones: sometiéndonos a un crecimiento que era imposible de mantener.

ISABEL

Y tanto. Que hay aquí más antigüedades que las que hubo en la antigüedad.

D^a AURELIA

Era lo acordado.

ALBERTO

Bueno, no exactamente. Y no solo lo asumimos, sino que le hicimos frente con un “invento” financiero. Por eso, cuando empezábamos a levantar cabeza, intentó arruinarnos operando en corto.

ISABEL

¡Enredando en corto! Pero se estrelló.

ALBERTO

Y ahora, ya ve, como tampoco pudo, hace que nos detengan metiéndonos en casa un alijo de droga.

D^a AURELIA

Mi hijo nunca haría una cosa así. Lo de operar en corto, eso sí que me suena.

ALBERTO

Una venganza. Ha sido una venganza. Quiso acorralarnos y, como hemos sido nosotros los que lo hemos tenido acorralado, eso lo enfureció.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

(Desde la ultratumba.) Sí, me enfureció.

Al tiempo que la casa se convierte en un espacio cósmico, los bajos del trono se desplazan hacia los lados en corredera y de la profundidad del sótano asciende D. GUILLERMO, investido con los atributos del FARAÓN.

ALBERTO

¡Coño!

ISABEL

¡La momia!

D^a AURELIA

¡Hijo!

D. DANIEL

Pues vaya, el que faltaba.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

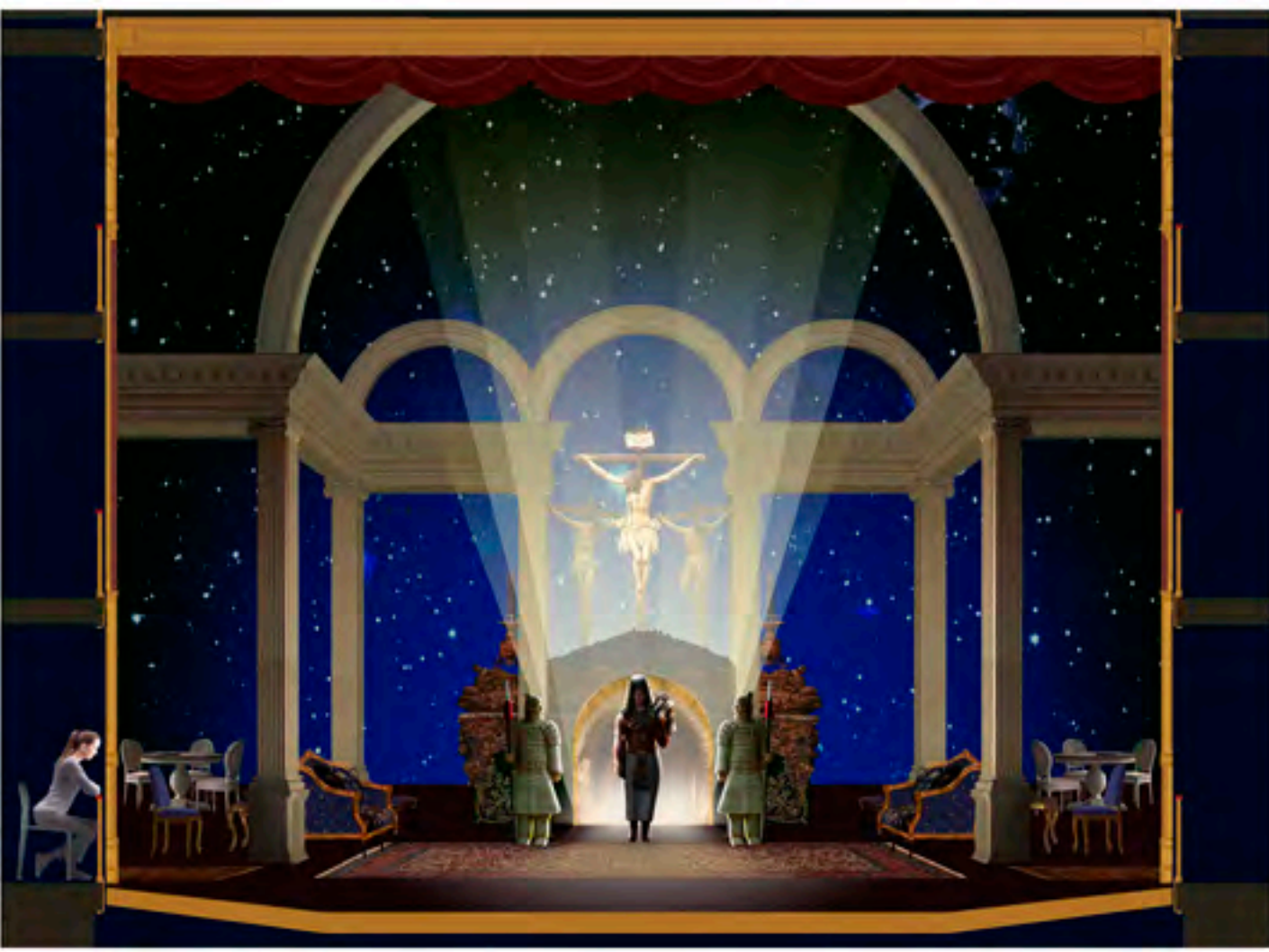
(Según entra.) Sí, me enfureció, y mucho. No que inflarais el precio de las acciones esas. *(Despectivo.)* ¿Expectativas? Menuda patochada. ¿Pero a quién pretendíais engañar? Es que es de parvulario. *(Retomando el tono.)* Que pudierais pensar que estaba acorralado: eso fue lo que me enfureció.

ALBERTO

¿Es que no lo estabas?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¿Pero de verdad habéis pensado que podríais vencerme con trucos financieros? ¿Cómo es lo que decías? Ganarle en su terreno. ¡En mi terreno! El dinero no es que sea mi terreno, el dinero soy yo.



ALBERTO

¿Tú? ¿Pero quién eres tú? ¡Valiente mascarada!

FARAÓN (D. GUILLERMO)

(Haciendo burla de la expresión.) “Usted no sabe con quién está hablando”.

ISABEL

(También irónica.) ¿Con Tutankhamun? *(Entre dientes.)* ¡No te jode?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Que sea Faraón –que lo soy– puede resultar chocante, pero eso es solo un título. Aquí lo que importa es que tengo el poder. Y el poder no es un título.

ALBERTO

¿Ah, no?, ¿pues qué es, entonces?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Un estado de ánimo que conceden los dioses. A sus elegidos.

ISABEL

La madre que me... A sus elegidos, dice.

ALBERTO

Pues eso es que has perdido el favor de los dioses.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¿Por?

ALBERTO

Sabes que te he tenido al borde que la quiebra.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¿En serio te has creído que fuiste tú quien provocó la crisis?

ALBERTO

¿Ah, no? ¿Y quién fue entonces?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Decidimos recoger beneficios, y zarandeamos el árbol para que cayera la fruta madura. *(A ALBERTO.)* Como tú.

ALBERTO

Pues será que no estamos maduros todavía.

ISABEL

Eso, nos has querido echar y aquí seguimos.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Por el inútil de don Ruperto, que no es capaz ni de cerrar un trato sin cogerse los dedos.

D. RUPERTO

(Asomando la cabeza.) Yo ya le advertí a su señora madre...

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¡Silencio!

D. RUPERTO

Sí señor, sí señor.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¡Silencio, he dicho!

D. RUPERTO

(Gesto de cremallera o punto en boca y desaparece.)

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Además, si a mi madre le dio esa ventolera, no iba yo a quitarle ese capricho.

D^a AURELIA

Gracias, hijo.

ISABEL

(Para sí.) Míralo, qué majo.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Pero ahora que quiere que os vayáis... Ya estáis fuera.

ISABEL

Fuera, ¿cómo? Porque no nos pensamos ir.

ALBERTO

Y léete el testamento, tu madre ha puesto que no podrás echarnos.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Cueste lo que cueste.

D^a AURELIA

Es que siempre, a las puertas de la muerte, se hacen ciertos

dispendios.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

El mundo es nuestro, eso tenedlo claro. Vale que lo cediera en usufructo, si le pedía el cuerpo sentirse generosa... Ahora, no os confundáis: estabais de prestado. Y sí, limpiarlo sí, incluso conservarlo, pero no se os ocurra, ni por lo más remoto, pensar que el mundo es vuestro.

ALBERTO

Lo que hemos ganado trabajando... o bueno, especulando, no vamos a dejar...

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¿Que habéis ganado? ¿Pero qué habéis ganado? Además, el asunto ya está en los tribunales.

ISABEL

Hay jueces justos.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Por supuesto que sí. No hay más que ver las cárceles, cómo están hasta arriba de banqueros.

ALBERTO

(A ISABEL.) Déjalo, es igual; si lo tienen muy claro, son los dueños del mundo.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

(A ALBERTO.) Como que lo inventamos. El mundo en el que vives es un invento nuestro.

D^a AURELIA

¿Ah, sí? Pues no sabía yo eso.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Nosotros construimos los graneros y así empezó el ahorro, el capital y el crédito. En el campo. Con los excedentes.

D^a AURELIA

O sea que tenemos fincas. (A ALBERTO.) ¿Ve? Si ya le decía yo que me sonaba.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Aquí comenzó todo. En el Delta del Nilo.

ALBERTO

¿En el Delta del Nilo? (*Señalando el entorno.*) ¡Las plusvalías del Delta del Nilo? (*A D. DANIEL.*) ¿Toda esta exuberancia son las plusvalías del Delta del Nilo?

D. DANIEL

Una pequeña herencia familiar, que si se sabe administrar...

ISABEL

Eso es lo que se llama vivir de las rentas.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Cinco mil años generando excedentes: ese es nuestro poder. Y nuestra fortuna. (*Silabeando.*) Nu-es-tra.

ISABEL

Pues hace siglos, o mejor, milenios, que no se ve un Faraón por ninguna parte.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Que haya caducado el título, no significa que no esté vigente nuestro estado de ánimo.

ISABEL

Puedes contarlo como quieras, pero estáis fuera de la Historia.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¿La Historia? La Historia es un tablero de ajedrez en el que puedes ver cómo se sacrifican los peones, cómo maniobran los ejércitos, cómo vencen los reyes o cómo son vencidos, pero, a quien piensa la jugada, nunca lo verás en el tablero.

ALBERTO

Vamos, que vais de incógnito.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Las democracias son un excelente camuflaje, pero requieren discreción. No todo iban a ser ventajas. Y que hay que adaptarse a los nuevos tiempos.

ISABEL

¿A los nuevos tiempos? Cuando lleguen por fin los nuevos tiempos, no podréis adaptaros, porque entonces habrá pluralidad.

D^a AURELIA

No os hagáis ilusiones. Padres, tíos, hermanos, primos, yernos, cuñados, amantes y sobrinos: la familia es tan amplia que da de sí para tener parientes en todos los partidos.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Uno en cada partido.

D^a AURELIA

Y, por lo que pudiera pasar, a las asambleas de los antisistema siempre mandamos dos: uno exaltado y otro moderado.

ISABEL

No me la imaginaba yo... "metiéndose" en política.

D^a AURELIA

Es que a mí los enredos de familia...

ALBERTO

Pues en nuestro partido no tenéis ninguno.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¿Vuestro partido? Ah, sí, ya: las minorías. Aunque sería mejor decir: la soledad.

ALBERTO

Seremos pocos, pero podemos tener aliados.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¿El compañero comandante Fidel?

ALBERTO

(Desconcertado.) Por ejemplo.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¡Yuya!

Y YUYA entra, entre presta y tímida.

YUYA

Seño'.

ISABEL

¡Pero Yuya!

YUYA

Ay, vieja, no te me ponga' brava, que tú no sabe'...

ISABEL

Pues mira, no sabía; pero lo estoy sabiendo.

ALBERTO

Te lo dije, no venía por la agencia.

YUYA

Qué ve' güenza, papito, qué ve' güenza.

ALBERTO

"Revolución o muerte" te voy yo a dar a ti.

YUYA

Ay co' pañero, es que yo no tenía plata pa' manda' el giro.

ALBERTO

¡Compañero?

YUYA

Es que e'ta to' mu' mal, pero que mu' mal, y tie' una que agarra'se a lo que sea. Po' eso yo me dije: ¿un poco d'epio- naje qué daño le' va a hacé'?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

(A YUYA.) ¡Fuera!

YUYA

(A ALBERTO.) Que yo po' el mismo sue'do, puedo se e' pía do- ble.

ISABEL

(Más que nada por no desairarla.) Lo hablamos.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¡Fuera, he dicho!

Y YUYA sale por donde entró.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¿Qué creías, que tenías controlada la situación? Yuya nos in- formaba de todo lo que hacíais. *(Señalando al calvario.)* Y también los Santos.

ISABEL

¿Los Santos?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Todos llevan micrófono.

D. DANIEL

Es que la Santa Iglesia siempre ha estado al lado de los pobres.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Nuestro dinero nos cuesta.

D. DANIEL

Por eso es tan amiga de los ricos, porque sin ricos no tendría pobres.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Y bueno, ya está bien de explicaciones. *(Señalándoles la puerta.)* En cinco minutos, os quiero fuera de aquí. Ah, y no se os ocurra coger ni tanto así de lo que habéis ganado. Os largáis con lo puesto. *(Más enérgico.)* Cinco minutos. Tenéis cinco minutos ¡Entendido?

A un gesto de FARAÓN (D.G.), D. DANIEL, D^a AURELIA y él mismo, hacen ademán de ir hacia el pasadizo.

ISABEL

¿Y si no nos vamos?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Emplearía la fuerza.

ALBERTO

(Desafiante.) ¡Es una amenaza?

D. DANIEL

Yo me lo tomaría mejor como un consejo.

D^a AURELIA

Que se lo tomen como quieran pero que se dejen de arrogancias, que las arrogancias las carga el diablo. *(A ALBERTO.)* Mire joven, bastante arrepentida estoy yo ya de haberme mostrado generosa, como para que encima me lo paguen con un conflicto armado.

ISABEL

Claro, las armas. ¿O para qué, si no, las almacenan?

ALBERTO

¿Seríais capaces...?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

¿Y por qué no? Ni sería la primera vez, ni iba a ser la última.

D^a AURELIA

Guillermo, por favor, otra vez no, que sabes que las guerras me ponen de los nervios.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Que sí, mamá, que sé que no te gustan, pero que si hay que hacerlas, pues habrá que hacerlas.

ALBERTO

¿Serías capaz de destruirlo todo?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Eso suena fatal. A mí me gusta más hablar de crecimiento. Claro que, para crecer, nada mejor que partir de cero.

D. DANIEL

(Poniéndola en valor.) La destrucción también es un negocio.
(E inicia el mutis.)

D^a AURELIA

Sí, pero muy incómodo, con tanto escombros y tanta polvareda. Además, con el ruido, acabaremos padeciendo insomnio; que es lo que nos faltaba: no poder conciliar el sueño eterno. Las guerras hay que hacerlas lejos, ¿por qué no las haces lejos? Pues anda que no hay sitios por ahí.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Estamos en ello. Y descuida que no te vas ni a enterar.

D^a AURELIA

Gracias hijo. Si yo sé que en el fondo...

ISABEL

¿Pero cómo podéis hablar así? ¡Es que no tenéis sentimientos?

FARAÓN (D. GUILLERMO)

(Con descaro.) Las momias, no. Ni los faraones.

D^a AURELIA

Y no digamos ya los hijos de la Gran City.

FARAÓN (D. GUILLERMO)

Estamos vacunados por partida triple.

D^a AURELIA

(Iniciando el mutis.) Señor, señor. Este Guillermito...

FARAÓN (D. GUILLERMO)

(Va a salir; aunque antes se vuelve.) Cinco minutos: ese es el plazo, o el polvorín, y vosotros con él, saltará por los aires.

FARAÓN (D. GUILLERMO), D^a AURELIA y D. DANIEL – junto a los guerreros de Xi'an– descienden a las profundidades.

D. RUPERTO

Cinco minutos es un plazo muy razonable; yo me lo pensaría. En serio, me lo pensaría.

Los bajos del trono se cierran con estrépito. Y, tras la conmoción, ALBERTO e ISABEL retroceden perplejos y confusos.

ISABEL

¿Tú has visto lo que yo?

ALBERTO

Y tanto que lo he visto.

ISABEL

Yo creo que nos han dado algún alucinógeno.

ALBERTO

Pues no me extrañaría.

ISABEL

¡Que el mundo es suyo!, dice. Y se queda tan ancho.

ALBERTO

¿A ti esto te parece normal?

ISABEL

¿Es que hay algo normal en todo esto?

JESÚS

Nada.

El CRISTO del Calvario se ha movido y les habla, sin que a ellos, de momento, les resulte extraño.

JESÚS

O todo. Lo normal es un concepto muy cambiante.

ALBERTO

Se disfrazaba de momia –porque eso era un disfraz, a mí que no me digan– y se presenta así: amenazando. *(A CRISTO.)* Y que la guerra también es un negocio. Es lo que han dicho, ¿no? En serio, ¿esto es normal?

JESÚS

Si lo normal es lo que se repite, vamos, lo que es frecuente, eso sería justo lo normal.

ISABEL

(Perpleja.) ¡Jesucristo? *(Y se restriega los ojos.)* ¡Estamos hablando con Jesucristo?

ALBERTO

(Hecho a todo.) Pues sí, eso parece. Tiene toda la pinta.

JESÚS

Yo hablo con todo el mundo.

ISABEL

No, no. No puede ser. Me niego.

ALBERTO

Pues, tal como va el día, yo esto sí que lo veo de lo más normal.

ISABEL

¡Normal?

ALBERTO

Dentro de lo que cabe.

ISABEL

¡Tener apariciones te parece normal?

ALBERTO

Tratándose de Jesucristo... Lo raro raro, es que se te aparezca un faraón. ¿Tú has oído de alguien al que se le haya aparecido un faraón?

JESÚS

Pues porque normalmente suelen venir de incógnito.

ALBERTO

¿O sea, que era verdad? ¿No era un alucine?

JESÚS

De alucine nada.

ISABEL

¿Y qué hacemos entonces? ¿Nos vamos? ¿No nos vamos?

JESÚS

No quisiera influir en el libre albedrío.

ALBERTO

Aquí es que no se moja nadie.

JESÚS

¡Que no me mojo? Pues anda que no les canté las cuarenta, que hasta me crucificaron. Que no me mojo, dice, y mira cómo estoy, clavado entre ladrones.

Y los ladrones rompen su inmovilidad y se incorporan a la escena.

DIMAS

Un momento, un momento. Ladrón lo será ese.

GESTAS

Ladrón lo serás tú.

DIMAS

Yo solo estoy imputado.

GESTAS

Imputados hasta las cejas. No te jode.

DIMAS

A ver si es que no vamos a respetar ni la presunción de inocencia.

JESÚS

¿Queréis dejaros ya del “y tú más”?

DIMAS

De todos modos, y en el caso de que no hubiera prescrito, yo soy el Buen Ladrón.

GESTAS

Porque tú lo digas.

DIMAS

Porque lo ha dicho el Evangelio.

GESTAS

Ya está bien de privilegios. Ladrones somos todos.

DIMAS

Porque estamos en campaña electoral, que es cuando más se crucifica. Que si no, de qué.

GESTAS

Si ya sabemos cómo acaba esto: con el indulto. Mucho recomendado es lo que hay...

Y continúan hablando los dos a un tiempo.

JESÚS

(Enérgico.) ¡Queréis dejar de hablar los dos a un tiempo, que es que no se os entiende?

Y ambos ladrones recuperan su inmovilidad escultórica.

ALBERTO

Sorprendente. Vamos, milagroso. Así tendrían que hacer en las tertulias.

ISABEL

Sí, claro, "milagroso". *(A CRISTO.)* Esa podría ser la solución.

JESÚS

No, por favor, milagros los justos. No puede ser que, cada vez que se encasquille el mundo, tenga yo que arreglarlo haciendo trucos.

ISABEL

Pues entonces, ¿qué hacemos?

JESÚS

Lo que estabais haciendo. *(Dirigiéndose a ALBERTO.)* Tú lo dijiste un día: tener las cosas claras y seguir cabezón: erre que erre.

ALBERTO

O sea, que peleemos.

JESÚS

Para nada, ni locos. La violencia no es buena ni para los violentos.

Y tras su resplandor en el horizonte, se escuchan explosiones muy lejanas.

ISABEL

(Observa, reacciona.) ¿Entonces? *(Y va hacia ALBERTO.)*

JESÚS

(Trasmitiendo urgencia.) Yo saldría por piernas, que un héroe muerto...

ALBERTO

¿Y no hacemos nada?

JESÚS

A latigazos los corría yo, que a mí los mercaderes...

ALBERTO

¿Pero no había que poner la otra mejilla? Es lo que dijiste.

JESÚS

Puede que lo dijera, pero en otro contexto.

ISABEL

Alberto, por favor, que no es momento de conversación.

Y se escucha también ruido de aviones, aunque muy lejanos.

ALBERTO

A ver a ver a ver, ¿en qué quedamos?, ¿sin violencia, pero a latigazos?

JESÚS

(Algo harto ya.) No seas tan estricto, deja un poco de margen a la improvisación.

ISABEL

(Tirando de él.) O sea, resumiendo, que nos vamos.

JESÚS

(Y vuelve a urgirles.) Ya estáis tardando.

ALBERTO

Pero, ¿salvamos algo?

JESÚS

La vida. *(A ISABEL.)* Anda, llévatelo.

ISABEL

¿Y tú te quedas? ¿No vienes con nosotros?

JESÚS

Por mí no os preocupéis, que yo soy un santo de palo.

Las explosiones se escuchan más cerca. También el zumbido de los aviones.

ISABEL

No sé, es que da cosa.

ALBERTO

No, si al final vamos a acabar siendo cristianos.

JESÚS

¡Queréis marcharos ya?

ISABEL

Sí, venga, vámonos.

ALBERTO

Y gracias.

JESÚS

¿Gracias, por qué?

ALBERTO

Por el consejo.

JESÚS

Nada, nada, **por Dios**, no las merece.

Suenan las sirenas. Se acercan los aviones. Y tras una explosión más cercana, un apagón. Oscuro, sin más luz que la de los reflectores antiaéreos, situados en la boca del escenario. (Momento que ha de utilizarse para bajar una gasa de proyección.) Atruenan los aviones. Y tras UNA, DOS, TRES explosiones muy potentes que hacen que todo salte por los aires. Vemos la casa destruida, ruinas humeantes y entre los escombros, abrazados, a ISABEL y ALBERTO.

JESÚS

(Iluminado tras la gasa, y con marcado acento cubano.) ¡Revolució' o muedte!

*Se alejan los aviones. Se escuchan explosiones, pero ya en lontananza. Y desde el fondo, con despliegue musical, al más puro estilo cinematográfico, avanza el rótulo **CONTINUARÁ**, seguido de un segundo rótulo: **EL NEGOCIO CONTINUARÁ**.*

OSCURO. Y, sobre el oscuro, **TELÓN RÁPIDO** (si lo hubiera).



CONTINUARÁ

EI NEGOCIO CONTINUARÁ